



UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA

Máster Universitario en Filosofía Teórica y Práctica

Especialidad de Filosofía Práctica

Trabajo Fin de Máster

En torno al Totalitarismo Nazi

Crítica de los totalitarismos tras la Segunda Guerra Mundial y
análisis de sus raíces ideológicas y genealógicas

Autor: Ondiz R. González Rodríguez

Tutor: José María Hernández Losada

Madrid, Septiembre 2014

RESUMEN

El presente trabajo pretende hacer una reflexión sobre el régimen totalitario más inhumano que se produjo en el s.XX: el nazismo. Nociones como el darwinismo social, el concepto de raza y la más que oscura doctrina nazi, serán desmenuzadas. La autora pretende analizar el fenómeno de los totalitarismos de la mano principalmente de H. Arendt. Naturalmente no podemos dejar de mirar al Romanticismo como inspirador de ciertas ideas que, dentro del esquema de pensamiento nazi, serán desfiguradas y deconstruidas. La ética no puede ser ajena a todos los hechos perpetrados por la maldad nacionalsocialista: la brillante tesis sobre la banalidad del mal de Arendt nos pone sin duda sobre la pista de lo que pudo pasar por la mente de muchos convencidos nacionalsocialistas. Por último el trabajo recoge un último punto donde se recogen los regímenes totalitarios actuales a nivel mundial, así como los neofascismos que asoman con fuerza en nuestra vieja Europa.

Palabras clave: Racismo, Darwinismo Social, Nazismo, Totalitarismos, Arendt, Romanticismo, Irracionalismo, Eichmann.

ABSTRACT

This work aims to reflect on the most inhuman totalitarian regime that occurred in the Twentieth Century: Nazism. Notions such as Social Darwinism, Race and Nazi doctrine will be analyzed. We will first analyze the phenomenon of totalitarianism basically with H. Arendt. Naturally we cannot stop looking at Romanticism as inspiring certain ideas that, in the scheme of Nazi thought, will be distorted and deconstructed. Ethics cannot ignore all the acts perpetrated by the Nazi evil: the brilliant Arendt's banality of evil thesis certainly puts us on the track of what was going through the minds of many convinced Nazis. Finally the work presents a last point where the present totalitarian regimes and Neo-Nazism are analyzed.

Keywords: Racism, Social Darwinism, Nazism, Totalitarianism, Arendt, Romanticism, Irrationalism, Eichmann.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	5
2. EL TOTALITARISMO NACIONALSOCIALISTA	7
2.1. Breve noción del concepto del racismo: el caso alemán	7
2.2. Hitler	9
2.2.1. <i>Personalidad</i>	9
2.2.2. <i>Mein Kampf</i> y su ideología	11
2.3. El NSDAP	13
2.3.1. <i>Ideología</i>	13
2.3.2. <i>Naturaleza y Organización</i>	14
2.4. El Estado	15
2.5. El Terror	16
2.6. Cultura nazi	17
3. VISIONES FILOSÓFICO POLÍTICAS DEL TOTALITARISMO	19
3.1. La Teoría de la Acción Política de H. Arendt	19
3.2. Los Orígenes del Totalitarismo	25
3.2.1. <i>Antisemitismo</i>	26
3.2.2. <i>Imperialismo</i>	28
3.2.3. <i>Totalitarismo</i>	30
3.3. Conflicto entre la Filosofía y el Poder: la Tiranía	33
3.4. El ajuste de cuentas desde la izquierda: Claude Lefort	35
3.5. Los totalitarismos vistos desde el lado liberal: Talmon, Bobbio y Aron	37
3.5.1. <i>Talmon y los Orígenes de la Democracia Totalitaria</i>	37
3.5.2. <i>Bobbio y la defensa de la democracia</i>	40
3.5.3. <i>Democracia y Totalitarismo: Raymond Aron</i>	43
4. ORÍGENES ROMÁNTICOS DEL NACIONALSOCIALISMO	47
4.1. La mentalidad alemana: Herder y Fichte	47
4.1.1. <i>Herder</i>	49
4.1.2. <i>Fichte</i>	50
4.2. La crítica de I. Berlín	52
4.3. El irracionalismo según Lukács	56
4.4. ¿Romanticismo y nazismo?	58
5. EL PROBLEMA DE LA ÉTICA Y EL MAL	60
5.1. La responsabilidad filosófica: “Los avisadores del fuego”	60

5.2. El problema de la Obediencia	62
5.3. La Tesis Eichmann o la Banalidad del Mal	66
5.4. A vueltas con la culpa	69
6. EL NAZISMO HOY Y LOS TOTALITARISMOS ACTUALES	71
6.1. El neonazismo	71
6.2. Los totalitarismos hoy	73
7. CONCLUSIONES	76
ANEXOS	80
BIBLIOGRAFÍA	84

1.INTRODUCCIÓN

“Lo que quiero es comprender”. De esta manera tan rotunda se manifestó Hannah Arendt en una entrevista concedida al periodista y político Günther Gaus en 1964. La brillante filósofa, en un alarde de modestia y honestidad, admitió públicamente sin tapujos alguno que ella no deseaba influir en nadie y que lo que ciertamente guiaba su trabajo intelectual era la voluntad de entender. Ciertamente no consiguió lo primero y ofreció todo un ejemplo de lo segundo, sirviendo como modelo de coherencia y rectitud. Resulta curioso que en dicha entrevista ella misma ponga fecha al día en que tomó conciencia política y decidió que no podía seguir mirando hacia otro lado ante la magnitud de acontecimientos que estaban sucediendo: el 27 de febrero de 1933 los nazis incendiaron el Reichstag y todo cambió para Arendt. Su compromiso con la libertad y su pasión por desentrañar el origen del mal radical que le tocó vivir marcarán su vida a fuego. El presente trabajo pretende hacer una reflexión sobre el régimen totalitario más inhumano (con permiso del estalinismo) que se produjo en el s.XX: el nazismo. Para ello, el espíritu y las ideas de la filósofa judía guiarán este trabajo cual estrella polar, jugando un papel más que destacado. En primer lugar analizaremos elementos clave dentro del nazismo como raza, darwinismo social así como la ideología nacionalsocialista, su modelo de Estado y la inquietante figura de Hitler tratando de obtener una imagen precisa. Así mismo, al mirar atrás en el tiempo y contemplar el horror nazi, dos son las preguntas que normalmente vienen a la mente : ¿cómo? y ¿por qué? El trabajo está pensando para contestar a esas dos preguntas. Dentro del ¿cómo? será Arendt y demás autores con quienes trabajaremos, los que nos traten de explicar cómo se produjo el totalitarismo. Rastreando sus orígenes y las diversas teorías que los autores ofrecen, quizás y sólo quizás, estaremos en disposición de responder con certezas a esta triste pregunta. El análisis filosófico ofrece sin duda alguna una poderosa arma contra la sinrazón humana y tratará de reconstruir un mapa fidedigno de cómo se pudo producir este inquietante fenómeno. Aunque la filosofía actúe desde la pura razón, es imposible desechar los sentimientos que evoca recordar aquella tragedia y no sucumbir ante los numerosos testimonios de las víctimas que se vieron desposeídas en el mejor de los casos de su hogar y bienes siendo por desgracia millones las que

hallaron la muerte en los campos de concentración o en la guerra. A la hora de realizar nuestro análisis, tampoco deberemos olvidarnos de la perversión de las ideas románticas que dentro del nacionalsocialismo se realizaron y que tiñeron de tintes irracionalistas buena parte del imaginario colectivo que desembocó en el nazismo: este pequeño viaje al pasado en plena efervescencia política en los siglos XVIII y XIX nos permitirá analizar posibles argumentos consistentes a la hora de desentrañar el germen totalitario. El papel que jugó la ética en nuestro trabajo tiene doble vertiente: por un lado trataremos de comprender el por qué de su aniquilamiento así como de la inanición moral de la mayor parte de la sociedad alemana y por otro lado la teoría de la banalidad del mal de Arendt nos ayudará a entender la propagación del mal totalitario realizado gratuitamente. La filósofa judía acudirá de nuevo en nuestra ayuda cuando tratemos de explicar como el no pensar se convierte en el ingrediente principal a la hora de entender la expansión totalitaria. Al hilo de todo este combinado de sensaciones nos asalta la otra pregunta que hemos formulado al inicio de esta pequeña introducción que es ¿por qué?...algo intangible hay desde luego en esa cuestión. Aún diseccionando con mimo elementos históricos, sociológicos, económicos...nunca sabremos completamente la respuesta: el ser humano, tras siglos de estudio sobre sí mismo, sigue siendo algo extraño, a medio camino entre lo animal y lo divino. Nunca hallaremos la respuesta perfecta, la teoría del todo aplicada a las ciencias sociales que nos cartografíen la metamorfosis ocurrida a los habitantes de Alemania entre los años 1933-1945, especialmente a aquellos que militaron en el partido nacionalsocialista. Sin embargo, aunque sepamos que nuestro afán académico por encontrar la verdad que explique la sinrazón nazi nunca será del todo saciado, debemos intentarlo. No por arrogancia intelectual por supuesto, ni porque nos creamos Quijotes en pos de una verdad que como hemos relatado, se antoja harto complicado – imposible – encontrar la explicación a ese mal, sino por la memoria de las víctimas de esta execrable parte de la historia de la humanidad. Es por los seis millones de judíos asesinados, por los más de sesenta millones de fallecidos durante una guerra que jamás debió de existir y por todos aquellos que combatieron a Hitler en aquellos días (grupos como Die Weisse Rose básicamente) a quienes debemos honrar con nuestro pequeño análisis.

2. EL TOTALITARISMO NACIONALSOCIALISTA

2.1. Breve noción del concepto del racismo: el caso alemán

Si hay algo que identifica a la ideología nacionalsocialista es el racismo. El moderno concepto de raza no fue creado hasta el siglo XVIII. Realmente la teoría del racismo brota de las luchas producidas entre nobleza y burguesía a raíz de la Revolución francesa. La pujante clase burguesa defiende sus derechos de clase velando por la igualdad de todos los hombres criticando la desigualdad feudal existente que defendía la nobleza. Ésta, irritada e injuriada por una más que importante pérdida de privilegios políticos, económicos y sociales contraataca con la idea de que las diferencias estamentales existentes no eran sino el eco de las desigualdades que la propia naturaleza establece entre los hombres, entre las razas. Anteriormente también se habían ido dando pasos hacia la creación del racismo. Aunque los europeos habían sido conscientes de su pigmentación más blanca que los esclavos negros o los indios, y los clasificaban como el estrato más bajo de la sociedad, el pensamiento científico de la Ilustración supuso un empuje directo a la creación del racismo moderno. El célebre Linneo dividió a los humanos en especie, abriendo el camino hacia tipificar el ser humano como “parte integrante del reino animal más que verlo en términos bíblicos como Hijos de Dios” (Fredrickson, 202, p 57). De ahí se sucedieron las afirmaciones de otros autores como Buffon, que pregona que los europeos eran más inteligentes que los africanos o del filósofo alemán Meiners, que asociaba belleza con inteligencia (la belleza por supuesto correspondía a tez blanca, ojos claros y pelo rubio).

La teoría racista debía de darse un baño de “cientificidad” si quiere convertirse en una teoría “seria”. Se trata de encontrar un armazón pseudobiológico que permita la defensa de los privilegios de cierta clase, convertidos ahora en razas europeas frente a las demás razas humanas. Esta supuesta base científica se encontró en buena medida gracias a la teoría de Darwin, que estimularon y alimentaron tanto a los hombres de ciencia como a los filósofos a partir de la segunda mitad del s. XIX. Surge así el denominado darwinismo social, que propugna una idea de sociedad humana basada en la selección natural junto con de la supervivencia del más fuerte. El darwinismo social

pronto se expandió internacionalmente y se convirtió en la ideología dominante en numerosos círculos académicos y de ciertos extractos de la sociedad. Ni que decir tiene que dicha doctrina conectaba la evolución con el progreso y esta idea no hacía sino justificar el imperialismo de la época. Para el darwinismo social, no existe un progreso unificado a lo largo de la historia de la humanidad y se crean una amalgama de categorías que “conectan las profundas interconexiones entre raza e imperio” (McCarthy, 2009, p 69). Mezclada con ciertos pensamientos místicos, la idea que a la postre se nos ofrece es bastante clara: la raza blanca es la única que ha traído el progreso a la humanidad a lo largo de la Historia, lo que le convierte en la “raza líder”, la más apta, la superior y es que “hay una confluencia de Dios y Naturaleza, Historia y Destino en la mayoría de las versiones del Darwinismo social” (McCarthy, 2009, p 81).

Lo que sucedió en Alemania no deja de ser un ejemplo más de cómo las teorías racistas prendieron en los diferentes países europeos. Primeramente los alemanes repudiaron la Ilustración y sus ideales “a favor del concepto de nacionalidad basada predominantemente en origen étnico más que en derechos humanos” (Fredrickson, 2002, p 69). Los alemanes era caucásicos, pero además de origen ario, que era “la cumbre” de los pueblos caucásicos. Las “esencias” de cada grupo étnico se encontraban en el Volkgeist (espíritu del pueblo) y se expresaban en el arte, el folclore o la lengua. Por supuesto los judíos no entraban dentro de la categoría de lo que era un alemán que según estas nociones, por lo que las tiranteces y los problemas empezaron y la discriminación fue justificada por motivos de propia auto preservación. El nacionalismo Völkisch fue sin duda el gran promotor de este tipo de nacionalismo que en siglo XX desencadenó en el nazismo. Si a esto le sumamos la vergüenza y la humillación que supuso para Alemania perder la Primera Guerra mundial amén del caos en que se convirtió la República de Weimar, las condiciones que se dieron en aquel contexto histórico fueron perfectas para el perfecto prendimiento de la ideología racial nazi. Dentro de las filas del NSDAP, los nazis contaron con teóricos raciales como Alfred Rosenberg cuyas teorías racistas inspiraron la solución final. La política racial negativa que pretendía la exclusión de toda aquella gente que no fuera de origen alemán étnico (judíos, gitanos...) de la *Volksgemeinschaft* (comunidad de la gente) fue llevada a hasta límites de crueldad nunca vistas tras la leyes de Nüremberg de 1935.

La conciencia nazi de pertenecer a la etnia aria (siendo esta según los científicos raciales la más avanzada desde el punto de vista biológico) cuenta con cuatro presupuestos que nos ayudan a entender mejor el racismo nacionalsocialista: el primero es el ya visto concepto del Volk. En el segundo los nazis proclamarían su superioridad porque “toda la comunidad desarrollaba los valores adecuados a su naturaleza” (Koonz, 2005, p 24). El tercero justificaba la agresión contra poblaciones “indeseables” y el cuarto proclama el “derecho de un gobierno a anular la protección legal de ciudadanos asimilados sobre la base de lo que ese gobierno defendía como su etnicidad” (Koonz, 2005, p 25). Así pues, el insostenible a todas luces “racismo” que había surgido en el s.XVIII y que había recibido un importante impulso tras la lucha de intereses entre nobleza y burguesía tras la Revolución Francesa y que contará con el darwinismo social como un importante e inesperado aliado, encontrará en Alemania el caldo de cultivo perfecto para que las siniestras ideas de Hitler se hagan realidad.

2.2. Hitler

Muchos ríos de tinta se han vertido sobre Adolf Hitler desde diversas disciplinas como la psicología, filosofía, historia.... Como Líder supremo del partido y del Estado, el Führer llevó a Alemania a un régimen perverso y a un totalitarismo extremo que causó millones de víctimas. Trataremos de realizar una fotografía del personaje que más influyó en el nazismo analizando su personalidad y su ideología.

2.2.1. Personalidad

Es un hecho constatado que Hitler se sentía “un ser enviado por la Providencia para redimir al Pueblo Alemán de la humillación de la derrota y de la decadencia de la República de Weimar” (Bullock, 1994, p 588). Esto nos pone sobre la pista de los delirios de grandeza de los cuales era presa el dictador germano: se pensaba que era un caudillo que venía a liderar a Alemania para hacerla resurgir de sus cenizas. Cómo esta extraña convicción se adentró en la mente del austríaco no es explicada totalmente pero

también prendió en sus acólitos con fuerza extrema y estas son las propias palabras de un militante base antes de 1933 “Creo que nuestro caudillo, Adolf Hitler, ha sido enviado por el destino a la nación alemana como nuestro redentor, como el hombre que traerá luz a las tinieblas” (Theodore, 1938, citado en Bullock, 1994, p 600). Quizás refuerce esta convicción de índole mística el total convencimiento de que:

El futuro pertenecería a la ideología judeo bolchevique de las masas dirigidas por el marxismo a menos que Europa pudiese ser salvada por la ideología racista y nacionalsocialista de una nueva minoría selecta, cuya creación era la misión que tenía que cumplir en este mundo [...] Los nazis tenían la equivalente misión histórica de sustituir por otra la civilización agónica de Occidente. (Bullock, 1994, p 598)

La paranoia fue lo que le condujo a la política. Desde el inicio de su carrera política:

Se dirigía abiertamente a la gran masa de alemanes que compartían las mismas emociones paranoicas, viéndose a sí mismos como las víctimas de una conspiración urdida por enemigos invisibles: los capitalistas, los socialdemócratas y los sindicalistas, los bolcheviques, los judíos y las potencias aliadas. Estaban preparados para acoger a un político que no solo compartía sus sospechas, sino que también las afirmaba, por lo que formaban una masa de conversos en potencia, a la espera del Mesías que habría de redimirles y encauzar todas sus energías. (Bullock, 1994, p 600)

Así pues, parece que la paranoia se encuentra en la base de la personalidad del dictador de origen austríaco. Junto a ella, Erik Fromm analizó dos rasgos muy característicos de Hitler como son el trastorno narcisista y la necrofilia en *El Corazón del Hombre*. El trastorno narcisista provocaba que para él solo tuvieran validez sus pensamientos y sus deseos, utilizando a las personas como meros medios para sus fines así como pensar que poseía la verdad absoluta de todo y sobre todo. No había límite para él ni su poder y podía hacer lo que le viniera en gana. Igualmente este rasgo le hacía ver la realidad distorsionada, provocando que junto a sus deseos de vencer y dominar, sobrestimara la fuerza de Alemania en el frío invierno ruso. La necrofilia significa “amor a la muerte” y es la fascinación por la destrucción (recordemos que Hitler su prefería incluso la aniquilación del pueblo alemán por entero antes de que

Alemania se rindiera en la Segunda Guerra Mundial). Como “enamorado de la muerte” ama el uso de la fuerza y se relaciona con un objeto (ya sea una cosa o un ser humano) únicamente si lo posee. Hitler tenía una innata capacidad de matar y se complacía en hacerlo porque “la mayor hazaña del hombre no es dar vida, sino destruirla; el uso de la fuerza no es una acción transitoria que le imponen las circunstancias, es un modo de vida” (Fromm, 2012, p 39).

Realmente analizando estos rasgos patológicos...¿podríamos llegar a la conclusión de que Hitler estaba loco? Parece claro que “a pesar de la vena de locura que había en él, estaba bastante sano de espíritu para perseguir sus objetivos con determinación e intención y – por cierto tiempo- con éxito” (Fromm, 2004, pp 425- 426). Una persona malvada no tiene porqué estar marcada por el símbolo de Caín ni carecer en absoluto de buenas intenciones. Es normal que “la persona intensamente destructora muestre una fachada amable y cortés, como amor por la familia, los niños y los animales [...] De ahí que mientras creamos que el hombre malo lleva cuernos [...] no daremos con un solo hombre malo” (Fromm, 2004, p 426).

2.2.2. Mein Kampf y su ideología

El célebre libro escrito en dos volúmenes por Hitler entre 1924 y 1928, constituye el ideario político del Führer, una mezcla de racismo y odio que forma la base ideológica del nazismo. Así pues, adentrándonos en sus páginas nos encontraremos con ideas como la existencia de una raza superior (la alemana) que tendrá derecho a dominar a los más débiles. A esta interpretación racista de la historia se le une un furibundo anti semitismo: “el antípoda del ario es el judío” (Hitler, 1962, p 148). Para el futuro Führer:

El judío fue siempre un parásito en el organismo nacional de otros pueblos, y si alguna vez abandonó su campo de actividad no fue por voluntad propia, sino como un resultado de la expulsión que de tiempo en tiempo sufría por parte de aquellos pueblos de cuya hospitalidad había abusado. (Hitler, 1962, p 150)

El darwinismo social también está presente así como la defensa de la “pureza de sangre”: “la pérdida de la pureza de sangre destruye para siempre la felicidad interior: degrada al hombre definitivamente y sus consecuencias físicas y morales son fatales” (Hitler, 1962, p 159). La instrumentalización y deshumanización de la “masa”: “lo que la masa quiere es el triunfo del más fuerte y la destrucción del débil o su incondicional sufrimiento” (Hitler, 1962, p 164). Por supuesto la raza será señalada como fundamento de un Estado: “[...] es la raza y no el Estado el que constituye la condición previa de la existencia de una sociedad humana superior” (Hitler, 1962, pp 183- 184). El derecho a expandirse de Alemania será objetivo primordial:

Nosotros los Nacionalsocialistas, tenemos que ir más lejos: el derecho al suelo no se aplica a cualquier poblado de negros, sino a la Patria germánica. Y éste es un deber cuando un gran pueblo, sin posibilidad de aumento territorial, se encuentra predestinado a desaparecer. Sobre todo cuando es el que imprimió al mundo de hoy su sello cultural. Alemania, o se hace una potencia mundial, o dejará de existir. (Hitler, 1962, p 317).

También se establecerá una opacidad y una falta de espíritu crítico entre los miembros del partido para que sus ideas triunfen: “jamás se quiso comprender que la potencialidad de un partido político no reside en la inteligencia ni en la independencia espiritual de cada uno de sus miembros, sino más bien en la obediencia disciplinada” (Hitler, 1962, p 220). El indisimulable gusto por la guerra que surge de querer recuperar las fronteras anteriores a 1918: “nuestro objetivo de política exterior [...] es asegurar al pueblo alemán el suelo que le corresponde en el mundo. Y esta es la única acción que ante Dios [...] pueda justificar un sacrificio de sangre (Hitler, 1962, p 316). No podía faltar el antimarxismo feroz que mezcla con la diferenciación racial:

Aceptar la hipótesis de la igualdad de razas significaría proclamar la igualdad de los pueblos, y consiguientemente la de los individuos. [...] Sin la previa existencia de ese emponzoñamiento de carácter general jamás habría sido posible el asombroso éxito político de esa doctrina. Carlos Marx [...] fue realmente el único que con visión de profeta descubrió en el fango de una humanidad paulatinamente envilecida los gérmenes del veneno social y supo reunirlos, cual un genio de la magia negra, en una solución

concentrada para poder destruir así, con mayor celeridad la vida independiente de las naciones soberanas del orbe. (Hitler, 1962, pp 178- 179)

En definitiva, todas estas ideas inconsistentes y de las que no pocos intelectuales serios tomaron a broma, constituyen la *Weltanschauung* personal del futuro dictador alemán.

2.3. El NSDAP

En Enero de 1919 se fundó el Partido Alemán de los trabajadores, que sería el germen del futuro NSDAP. Adolf Hitler se unió a él en septiembre de ese mismo año y pronto se convertiría en uno de los miembros más activos, convirtiéndose en su líder en 1921. Fue declarado único partido legal tras la caída de la República de Weimar en 1933, situación que perduró hasta la derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial en 1945. Analizaremos a continuación sus principales características.

2.3.1. Ideología

El 24 de febrero de 1920 el mismo Hitler dio un mitin exponiendo los 25 puntos¹ del partido que él mismo había escrito junto con otro de los miembros fundacionales del partido, A. Drexler. En dichos puntos queda claro el concepto fuertemente autoritario y antidemocrático del partido (punto 25), así como sus principales características. Se ha calificado muchas veces al partido nazi de no ser sino una simple anti-ideología construida en base a conceptos negativos como pueden ser el anticapitalismo o el anticomunismo. Desde luego examinando dichos puntos queda más que patente el anterior razonamiento: el concepto de una Gran Alemania (punto 1), la naturaleza expansionista (punto 3), el racismo inequívoco y antisemitismo (punto 4 y 8), la censura en los medios de comunicación (punto 23) hacen patente la peligrosa naturaleza del mismo. Hay que señalar también el carácter “socialista” de algunos puntos del programa

¹ Dichos 25 puntos están adjuntados en los Anexos del TFM.

(especialmente el 11, el 13 y el 14) y que tan solo sirven para dar nombre al partido ya que cuando alcanzaron el poder no se llevaron a cabo ninguna de estas propuestas.

2.3.2 Naturaleza y Organización

Existe una asociación entre partido y Estado. Esta naturaleza es debida a que la naturaleza del NSDAP no es democrática sino totalitaria. Aunque es bien conocido que llegó al poder por métodos democráticos, lo cierto es que el NSDAP se cree la encarnación de la voluntad del pueblo alemán y por tanto se cree con la legitimación suficiente como para gobernar eliminando a los demás partidos, cosa que así sucedió. Efectivamente “en el partido todo converge [...] hacia el pueblo, es natural que el partido y el Estado estén asociados, puesto que ambos proceden de aquél y se hallan a su servicio” (Bonnard, 1950, p 146). Una vez establecida esta unión, el partido nacionalsocialista tendrá además una actividad al servicio del Estado como es la educación política del pueblo o la defensa de la *Weltansschauung*.

La base de la organización del partido es el *Führerprinzip*, que puede ser traducido como “principio de autoridad”. En efecto, el NSDAP era un partido autoritario donde la voluntad del Führer era la argamasa principal. Las diferentes organizaciones del partido le tenían como Líder cuyas órdenes siempre se mostraban determinados a obedecer hasta el final. El partido comprende secciones, grupos dependientes y divisiones territoriales. Las secciones del partido fueron las SA, las SS, el cuerpo de automovilistas nacionalsocialistas, la juventud hitleriana, la unión de mujeres alemanas, la unión de estudiantes alemanes nacionalsocialistas y la unión de los profesores alemanes nacionalsocialistas. También hubo grupos adheridos tales como la unión de juristas alemanes nacionalsocialistas, la unión de funcionarios del Reich o el Frente del trabajo alemán.

2.4. El Estado

El Estado nazi resume muy bien lo visto hasta ahora. Hitler trató de organizar el estado alemán conforme a su ideología racista tal y como recogía en los puntos de su partido (que como hemos visto no ocultaba sus tendencias totalitaristas). Tras su llegada al poder el 20 de enero de 1933 por vías democráticas, pronto comenzó un proceso conocido como Gleichschaltung, que pretendía que tanto el Estado como la sociedad fueran asimilados por el NSDAP: suprimió los sindicatos (creándose el Frente Alemán del Trabajo en 1933 afín al partido), eliminó cualquier rastro de la oposición (persecución y posterior eliminación de miembros de partidos izquierdistas) y también ejecutó cualquier elemento perturbador que pusiera en duda su liderazgo dentro del seno del partido y por tanto del Estado (asesinato de Rohm y desaparición de las SA, que serían sustituidas por las SS de Himmler). Al morir Hindenburg en agosto de 1934, Hitler anunció que la presidencia de la república y la Cancillería se unirían en un solo cargo, asumiendo él dicho puesto. El Tercer Reich había nacido definitivamente y ya no quedaba ningún obstáculo que pudiera oponerse al régimen en que se había convertido Alemania: todo el poder era para el NSDAP y más concretamente para Adolf Hitler, que pudo dar rienda suelta a su feroz racismo, produciéndose en la sociedad un proceso de homogenización constante tras suprimir “elementos nocivos” como eran los judíos, homosexuales o gitanos. La noción de Estado cambió forzosamente gracias a la doctrina nacionalsocialista: el poder político se encarna en el Führer, que es quien guía al pueblo. El pueblo que sigue al Führer conforma la *Gefolgschaft* “que sigue a su Führer voluntaria, fiel y confiada” (Bonnard, 1950, p 82). La burocratización del Estado con funcionarios perteneciente al partido, el carácter belicista que la industria alemana tomó tras la llegada al poder de Hitler así como una importante militarización del país, terminan por dibujar un panorama de secuestro total al estado de derecho y de las libertades individuales básicas mientras que los tambores de guerra se empiezan a oír.

2.5. El Terror

Sin duda, si hay algo que define al estado totalitario en general y al nazi en particular, es el uso del terror. Ya desde los albores del NSDAP, cuando quedaba lejos la subida al poder de Hitler, la SA se encargaba de cometer pequeños asesinatos matando a funcionarios socialistas o miembros de partidos adversarios, tratando de instaurar en la población el peligro que conllevaba militar en ciertos partidos políticos. Al llegar Hitler a la cancillería alemana, el terror poco a poco se fue instaurando más y más. El estado policial en que se convirtió el Tercer Reich permitió la instauración de un miedo entre los ciudadanos permanente. La Gestapo campaba a sus anchas y controlaba mediante informes y espías la actividad cotidiana de los alemanes, ejerciendo una vigilancia constante. Si bien es cierto que todo aquel que fuera sospechoso de ser opositor al régimen era investigado y posteriormente encarcelado, el nacionalsocialismo instauró un nuevo tipo de sospechoso que por tanto sería igualmente acechado y hecho prisionero: estaríamos hablando de los “enemigos objetivos” (término acuñado por Hannah Arendt en *Los orígenes del Totalitarismo*). Estos “enemigos objetivos” serían aquellos cuya identidad cambia a medida que las circunstancias del régimen van cambiando también: si en un primer momento los judíos fueron el objetivo primordial de los nazis, los polacos también pasaron a ser objeto de exterminio e incluso Hitler tenía previsto diezmar a ciertas categorías de alemanes.

Los campos de concentración y exterminio fueron una triste realidad. También lo es que muchos alemanes corrientes participaron tanto del terror nazi como del Holocausto exhibiendo una complicidad comprobada por los historiadores (salvo honrosas excepciones como el grupo de La Rosa Blanca o El Círculo de Kriseau). Los campos eran concebidos para degradar a los seres humanos, anulándolos completamente y desposeyéndoles de cualquier reducto de humanidad, pretendiendo que jamás hubieran existido sobre la faz de la Tierra. Las continuas vejaciones, torturas y asesinatos que allí se cometieron están recogidos en los numerosos testimonios de supervivientes de dichos campos (destacamos *Si esto es un Hombre* de Primo Levi, *La Noche* de Élie Wiesel o *El*

hombre en busca de Sentido de Viktor Frankl): en ellos nos hablarán de la muerte en vida sufrida por millones de personas y de la atmósfera infernal que se respiraba.

El terror hará que la barrera entre culpable e inocente se difumine absolutamente. Todo aquel que sea juzgado de antemano como perteneciente a la “raza inferior”, que tenga una nacionalidad tachada de inservible a los ojos nacionalsocialistas o que posea una “dudosa” sexualidad, será eliminado sin mayor miramiento. La desproporcionada cifra de judíos asesinados en el Holocausto confirma que el espeluznante terror nazi cumplió magníficamente bien con su deber.

2.6. Cultura nazi

Está claro que la principal tarea de la cultura nacionalsocialista fue propagar el punto de vista nazi sobre el mundo. La sociedad estaba completamente subordinada a la política y los nazis pretendían que:

Todos los individuos y todos los organismos de Alemania debían ser nacionalizados en el sentido de que debían quedar sometidos al control del Partido como portavoz de la concepción alemana del mundo, y bajo el poder y la voluntad de su jefe, el Führer, la sociedad perfecta, la sociedad sana, tomaría cuerpo. (Mosse, 1973, p 10)

Así pues el tipo de cultura que los nazis proponen “no admite ni progreso ni desenvolvimiento porque la verdad se acepta en ella como dada, inmutable y eterna [...]” (Mosse, 1973, p 12). Ante cualquier atisbo de innovación artística y literaria, los nazis reaccionarán con virulencia, no permitiendo ningún tipo de cambios, por lo que se extrae la lógica conclusión de que el inmovilismo será otra de sus características esenciales. Cunde el antiintelectualismo y cualquiera que rebasa mínimamente los límites impuestos ideológicamente será inmediatamente represaliado. A esto hay que sumarle la censura y la propaganda, que facilitaron en gran medida la instauración y el asentamiento de la cultura nazi: la primera ayudó a señalar la línea de pensamiento que se debía seguir y la segunda hizo que el conformismo cultural se expandiera. Esa denominada “cultura total” responde siempre a una misma finalidad, que era “animar

los prejuicios nacionalistas del pueblo, vencer su sentimiento de aislamiento y dirigir sus impulsos creadores por las sendas de la raza y de la patria” (Mosse, 1973, p 16). Teóricos nazis como Hans F. K Günther, Ludwig F. Clauss y Alfred Rosberg ayudaron sobremanera a la propagación de ideas estereotipadas como “espíritu de raza”, produciéndose más tarde conceptos como “ario” o “el judío”. El gobierno nazi utilizó muy bien la propaganda y la cultura como fuente de cohesión social, desarrollando también un papel extremadamente importante en la sugestión de las masas: la idealización de la guerra así como la fabricación de héroes propios que servían al Reich en aras de una Alemania nacionalsocialista, fue algo generalizado durante el período nazi. Joseph Goebbels escribió *Michael*, un libro donde ensalzaba la figura del héroe que se sacrificaba por el pueblo. Muchos *Michaels* fueron glorificados por el tercer Reich como Albert I. Schlageter (caído contra los franceses en el Ruhr) o Fritz Todt (muerto en cumplimiento de servicio). El culto a héroes del pasado como Federico el Grande nazificado por Goebbels, fue algo común también. La Cámara del Reich se convertirá en el instrumento de control cultural, asumiendo Goebbels la presidencia naturalmente. Esta se dividirá en siete cámaras (literatura, música, películas, radio, teatro, bellas artes y la prensa), que completa el complejo aparato de control cultural: existe censura sobre lo que se publica y lo que no y por supuesto toda creación artística está perfumada con las esencias del nacionalsocialismo. La ciencia tampoco escapó a la ideología reinante: la teoría de la relatividad de Einstein fue desacreditada por Bruno Thüring por motivos meramente raciales (lo que conllevó a que la “Nueva Física” que querían instaurar los alemanes no ayudara al ejército alemán en la Segunda Guerra Mundial). La juventud fue uno de los mayores objetivos del régimen nazi, ya que quisieron apoderarse de su típico espíritu rebelde para construir un nuevo mundo basado en su visión. Para ello, la educación fue mimada desde el principio, convirtiéndose la Universidad en portavoz del régimen, no siendo pocas las que organizaban cursos sobre la raza y el espíritu del pueblo: “tanto estudiantes como profesores se encontraron inmersos en la concepción nazi del pueblo alemán” (Mosse, 1973, p 26).

El nacionalsocialismo se aprovechó increíblemente de la crisis sufrida tras la I Guerra Mundial y supo hacerse con la población alemana, creando una conciencia de masas y manejándolas a su antojo, haciendo que éstas comulgaran con sus corrompidos

principios. La asfixiante presión que la cultura ejerció invadiendo todos los campos de la sociedad alemana al igual que su perfecta cohesión, hicieron prácticamente imposible ejercer ningún sentido crítico que hubiera puesto de manifiesto lo terrible de sus creencias.

3. VISIONES FILOSÓFICO POLÍTICAS DEL TOTALITARISMO

Si hay algo que haya caracterizado a la Filosofía a lo largo de toda su historia ha sido desde luego su vigor y su valentía intelectual a la hora de afrontar los diversos problemas que han surgido a lo largo de las épocas. El totalitarismo no ha sido ninguna excepción y desde dentro de la Filosofía Política se ha tratado de desmenuzar tanto sus orígenes como su evolución, ofreciendo a su vez un antídoto que no es otro que la democracia. La pionera a la hora de ofrecer este tipo de análisis fue con toda seguridad Hanna Arendt que con deslumbrante claridad estudia pormenorizadamente el fenómeno totalitario por primera vez. A raíz de la publicación de *Los Orígenes del Totalitarismo*, numerosos pensadores se lanzaron a tratar de explicar y comprender los totalitarismos, enriqueciendo a la comunidad intelectual con sus diferentes aportaciones y vacunando al mundo contra esta enfermedad gracias a sus dinámicas contribuciones.

3.1. La Teoría de la Acción Política de H. Arendt

Si hay algún autor que nos pueda señalar el camino para tratar de comprender de la manera más amplia posible el fenómeno totalitario, esa es Hannah Arendt. Sin duda *Los Orígenes del Totalitarismo* y *Eichmann en Jerusalén* son dos textos clave a la hora de tratar de interpretar los totalitarismos, en especial el nacionalsocialista, pero tampoco podemos desdeñar *La condición humana* o *Sobre la Revolución*, textos claves para entender la teoría política de la filósofa judía. Hannah Arendt quedó marcada por los terribles acontecimientos históricos que le tocó vivir y convirtió la filosofía política en su principal arma para luchar por lo que creía: la libertad y la concordia entre los seres humanos. Los totalitarismos fueron enemigos acérrimos de estas dos ideas y los campos

de exterminio y de concentración, las millones de víctimas sin sentido y el terror producido así lo atestiguan. Por ello vincula la política con el mundo y trata de que se produzca una convivencia real dentro de una comunidad de carácter plural: la violencia jamás será una opción para ella. A la hora de analizar el pensamiento arendtiano, haremos caso a expertos como George Kateb, que colocan *La Condición Humana* y *Sobre la Revolución* como libros a comentar y evaluar antes que *Los Orígenes del Totalitarismo*, siendo ambos fundamentales a la hora de entender la teoría de la acción política de la filósofa judía. Estos textos nos darán las claves para poder interpretar correctamente a Arendt y su preocupación por la diversidad, el diálogo y la tolerancia que solo podrán llevarse a cabo en un fecundo marco político. Publicado en 1958, *La Condición Humana* es una investigación de las actividades humanas y de cómo estas afectan a la política. El elemento clave del manuscrito será el concepto de acción política, donde según Margaret Canovan “[...] celebra la capacidad humana de *actuar*, de realizar nuevos inicios en lugar de estar determinado por lo que ha sucedido con anterioridad” (Canovan, 1992, p 103). Naturalmente esta idea estará muy conectada con los totalitarismos: si estos han supuesto un aniquilamiento total del ser humano a nivel social, moral y por supuesto político, el concepto de Arendt propondrá que en el ser humano se encuentran la capacidades de hacer y proponer, festejando la heterogeneidad de las personas, siendo la política la garante de que se lleve a cabo. Para Arendt, los seres humanos han de ser vistos en un doble aspecto: el primero es que somos animales sujetos a las necesidades biológicas como el resto de animales y el segundo es que los hombres se construyen un mundo para sí mismos. Es gracias a este mundo que la pluralidad humana florece ya que sin él tan solo seríamos miembros de una especie: “los seres humanos no podrán convertirse en verdaderos seres humanos hasta que no habiten un mundo realizado por ellos mismos” (Canovan, 1992, p 107). Este mundo arendtiano permitirá ver el mundo común que compartimos todos los seres humanos desde diferentes puntos de vista, ampliándolo y enriqueciéndolo. La visión de Arendt supone todo lo contrario al totalitarismo ya que este “representa una gigantesca resurrección del barbarismo, convirtiendo hombres civilizados en hordas salvajes y pretendiendo reducirlos a meros animales” (Canovan, 1992, p 110).

Tal y como se destaca:

La acción libre, innovadora, discursiva, pero también agonal, que rescata al ser humano de la carencia de significado de la mera vida biológica, está, por consiguiente, constitutivamente ligada a la pluralidad. Y más en particular, al hecho de que los seres humanos, diversos y únicos, tengan la posibilidad de encontrarse en un espacio de visibilidad en el que puedan aparecer los unos a los otros, en el que puedan reconocerse. (Forti, 1996, p 333)

El espacio público que Arendt defiende “es la condición para la posibilidad de estar juntos [...] es lo transcendental de la política” (Forti, 1996, p 334). Este espacio querrá articular las relaciones humanas de tal modo que no sean jerárquicas ni funcionales siendo totalmente opuesto al totalitarismo, donde la pluralidad sencillamente no se da. El espacio público será pues “el lugar en el que la realidad del mundo se manifieste a sí misma” (Forti, 1996, p 345). Nos surge entonces la pregunta sobre qué sucede con todas las cosas que no tienen relevancia pública y que se sitúan en la esfera privada (para Arendt la esfera privada está orientada a la interioridad del ser humano como la conciencia o la afectividad). La dicotomía público- privado le permitirá analizar la sociedad moderna como un choque entre ambas esferas. La confusión entre ambos polos opuestos hará que la sociedad se convierta en una especie de híbrido donde lo privado invada lo público y como lo público se relaciona con lo político, el caos terminará produciéndose: “lo público es ahora función de lo privado y lo privado se ha convertido en el único interés común que queda” (Forti, 1996, 349). La sociedad se convierte así en una pseudo esfera, en un esperpento de la vida pública donde el egocentrismo, la estrechez de miras y la absoluta conformidad son patentes. Debemos añadir que cuando habla de sociedad, siempre tiene en mente a la sociedad de masas: una sociedad monolítica, uniforme, homogénea y conformista gobernada por la burocracia, el gobierno de nadie.

Sin género de duda, la concepción de acción política es fundamental para entender bien a Arendt. Este término no puede dissociarse del de labor y trabajo. Repasemos aunque se brevemente estas distinciones. La labor se corresponde con el plano biológico y está conectada directamente a las necesidades humanas básicas y permite producir todo lo que el ser humano necesita para su subsistencia y reproducción. Sus productos

serán consumidos casi en el mismo instante en que aparecen, por lo que su pronta caducidad es patente. Igualmente presenta un carácter repetitivo, cíclico, apolítico y no visible. Es entonces cuando “en esta dimensión de la actividad humana, la identidad se confunde con la uniformidad; no importa que la carga de esta servidumbre natural la soporten unos u otros” (Birulés, 2007, p 78). El trabajo no es sino “la producción de cosas durables. El trabajo constituye, pues, la dimensión por medio de la cual producimos la pura variedad inagotable de cosas que constituyen el mundo en que vivimos, el artificio humano” (Birulés, 2007, p 78). Por tanto el trabajo tiene la capacidad de fabricar cosas que luego serán utilizadas. El ser humano se convierte en dueño y señor de la naturaleza ya que:

El animal laborans, que con su cuerpo y ayuda de animales domesticados nutre la vida, puede ser señor y dueño de todas las criaturas vivientes, pero sigue siendo siervo de la naturaleza y la tierra. Sólo el homo faber se comporta como señor y amo de la tierra. (Arendt, 1993,p 160)

Sin embargo, este mundo solo se revelará habitable con la acción y la palabra. Más allá de la labor y el trabajo, Arendt querrá establecer lo distintivo del ser humano, y postulará en la teoría de la acción su concepción de la libertad humana. Como ya hemos indicado, el totalitarismo nazi tuvo en ella un impacto especial y fue testigo directo de cómo trataron de eliminar cualquier residuo de pluralidad y espontaneidad en el ser humano. La acción será para Arendt “[...] una amplia categoría de la actividad humana que cubre las interacciones con otras personas que no son asuntos de comportamiento rutinario pero que requieren iniciativa personal” (Canovan, 1992, p 131). Con la capacidad de actuar tenemos la posibilidad de realizar lo impredecible, trascendiendo cualquier orden social o natural. La acción y la palabra están unidas muy estrechamente. Gracias a esta última podemos conversar los unos con los otros descubriendo la rica pluralidad humana, evitando aislarnos en nosotros mismos. Desde luego tanto actuar como hablar son actividades que no pueden ser realizadas por un solo individuo y es que para Arendt la pluralidad del ser humano se manifiesta gracias a las diferentes interacciones en que nos damos a conocer los demás y es que “la existencia humana como persona diferente no es una cuestión de haber nacido en un particular cuerpo, sino actuar y relacionarnos con los demás” (Canovan, 1992, p 133). La acción y la palabra

serán pues las garantes de poder vivir en un espacio donde podamos estar juntos, afirmando nuestra identidad a la par que nos enriquecemos con los demás.

En *Sobre la Revolución*, publicado por primera vez en 1963, Arendt analizará tanto la revolución francesa como la americana. Si bien a ojos de la filósofa judía la revolución francesa fue un fracaso, la americana fue todo lo contrario. El problema de la primera fue que puso un excesivo acento en las revoluciones sociales olvidándose de la revolución política mientras que la segunda fue exactamente todo lo contrario: se exacerbó la política que permitió la creación de un espacio público donde reinara la libertad. Recordemos que en *La Condición Humana* Arendt había puesto especial énfasis en la existencia de una esfera pública que permitiera el ejercicio de la libertad política. Si la labor y el trabajo eran ámbitos de la esfera privada, la acción y la palabra pertenecen a la esfera pública creando un espacio de convivencia entre los hombres y protegiéndolos de una vida individual insignificante. El choque entre ambas esferas produjo el ocaso del mundo público. El tema central de *Sobre la Revolución* será fundamentar la libertad pública: si la revolución francesa usó medios como el terror y la violencia en la esfera política para conseguir sus objetivos, la revolución americana encarnará los ideales de la polis griega donde la libertad reina.

La Revolución Francesa es para Arendt “fuente y modelo de una verdadera y auténtica tradición revolucionaria liberticida” (Forti, 1996, p 305). Fue una revolución ideada por una serie de intelectuales más interesados en ideas generales y principios abstractos que en la acción política. Además, la Revolución Francesa supuso un intento de terminar con la miseria, en contraste con la situación de abundancia en América, y, en consecuencia, tal y como señala Arendt:

[...] se apartó casi desde su origen del rumbo de su fundación a causa de la proximidad del padecimiento; estuvo determinada por las exigencias de la liberación de la necesidad, no de la tiranía y fue impulsada por la inmensidad sin límites de la miseria del pueblo y de la piedad que inspiraba esta miseria. (Arendt, 1967, p 101)

La Revolución Francesa falló porque subordinó la esfera política a lo social: las terribles necesidades que padecían la mayoría de los habitantes de Francia hicieron que

estas invadieran el espacio político. Al ser este espacio político el único donde los hombres pueden ser libres, todo se corrompió. Esta confusión entre privado y público encuentra eco también en la noción de Pueblo que será identificado “como una entidad omnipotente e indistinta, como un único y gigantesco individuo a cuyas necesidades la virtud revolucionaria debería sacrificar cualquier cosa” (Forti, 1996, p 308). La voluntad general estará basada en la exclusión de todo aquello que sea distinto y en el aniquilamiento de cualquier pluralidad. La tiranía del Estado- Nación que evoca dicha voluntad general será instaurada en el nombre de dicha revolución.

Por el contrario, la cuestión central de la Revolución Americana fue la libertad y no la necesidad. Si analizamos las condiciones previas de dicha revolución nos toparemos con que no imperaba la cuestión social y existía cierta igualdad de condiciones. Los revolucionarios americanos querían crear un espacio público donde se pudiera debatir y participar, donde la acción y la palabra tuvieran un papel destacado: accediendo a esta esfera pública y participando del poder público, los individuos lograrían alcanzar *la felicidad pública*. Para Arendt “el concepto americano de pueblo no se transformó nunca en una abstracción, en un singular colectivo, en el universal político dentro del cual se pierde toda articulación concreta de la pluralidad” (Forti, 1996, p 300). La república constitucional que crearon los revolucionarios americanos se hizo gracias a:

La comprensión de que un gobierno fundado en la libertad tenía que ir más allá de la mera protección y aseguramiento de los derechos y libertades que comprendía la esfera privada. Es decir, que un gobierno fundado en la libertad tenía que articular y complementar las exigencias provenientes del bienestar privado, así como aquellas que se derivaban del derecho de la felicidad pública. (Cortés Rodas, 1999, p 72)

Para Arendt, la libertad pública está en íntima conexión con la creación de de un espacio público donde los ciudadanos puedan participar a la hora de llevar a cabo la toma de decisiones que atañe a los asuntos comunes. Es por eso que:

En este espacio público prevalece solamente el poder de convicción de la palabra y de decisión de quienes actúan en común. Sólo en este ámbito pueden los ciudadanos destacarse, mostrando con sus acciones el sentido que tiene la defensa y

administración de los asuntos públicos. En este espacio público es liberada la capacidad, fundamental para los hombres, de actuar e iniciar algo nuevo; puede además en este lugar la pluralidad de los hombres aparecer y convertirse en fuerza formadora del mundo. (Cortés Rodas 1999, p 76)

Queda por tanto claro que la política es para Arendt la única actividad que puede defender este espacio público de lo privado o lo social, donde gracias a ella se podrá manifestar la rica pluralidad del ser humano. La filósofa alemana sugiere que la cualidad más importante a la hora de llevar a cabo el ideal político que nos ha ido mostrando es la voluntad de actuar ya que:

La voluntad de actuar es la voluntad de ver y ser vistos, de hablar y de escuchar, de decidir y estar sujetos a esa decisión, tomar oportunidades [...] brillar y ser eclipsados. La voluntad de actuar, por estas razones, implica un respeto por aquellos que uno considera sus iguales. [...] La voluntad de actuar puede existir en una persona solo cuando reconoce una realidad fuera de él mismo, una realidad más allá de sus necesidades físicas y los caprichos de su corazón, cuando él reconoce la realidad de los otros [...]. (Kateb, 1984, pp 34- 35)

3.2. Los Orígenes del Totalitarismo

Publicado por primera vez en 1951, *Los Orígenes del Totalitarismo* supuso todo un impacto en la comunidad intelectual. En esta ambiciosa obra, Arendt trata de analizar los elementos que desembocaron en el totalitarismo. No conectará el nazismo específicamente con la historia o cultura alemanas o con la relación entre judíos y alemanes, sino con ciertos factores modernos que se dieron en Occidente como puede ser la crisis del Estado Nación. Con el convencimiento de que “todo es posible”, los regímenes totalitarios tenían por objetivo anular al ser humano completamente y acusará a dichos regímenes de promulgar el “mal radical”: buscarán implantar una dominación total que con la ayuda de su ideología destruya por completo la pluralidad

humana y su espontaneidad. El libro está dividido en tres partes que pasaremos a analizar.

3.2.1. Antisemitismo

Que el factor antisemita- junto con el imperialista- es algo que llevó al totalitarismo, es uno de las grandes ideas de esta autora. Tal y como nos indica ella misma:

El simultáneo declive del Estado-Nación europeo y el desarrollo de los movimientos antisemitas, el derrumbe de una Europa organizada nacionalmente, que coincide con el exterminio de los judíos- que fue preparado por la victoria del antisemitismo sobre todos los ismos que rivalizaban en la persuasión de la opinión pública- , tienen que ser considerados como indicadores importantes del origen del antisemitismo . (Arendt, 2013, p 73)

Efectivamente, Arendt sitúa la disolución de ese Estado- Nación europeo como la principal causa de antisemitismo en Europa y no los viejos fantasmas religiosos que promulgaban el odio a los judíos: la Nación Estado es “esencialmente un institución humanística, un estructura civilizada, que dotaba un orden legal y garantizaba los derechos” (Canovan, 1992, p 31). El estado representaba la estructura legal mientras que la nación personificaba la comunidad consciente de su mundo cultural común. Al llegar al zénit de su evolución en pleno s. XIX, el Estado Nación dotó al pueblo judío de los mismos derechos que el resto de sus ciudadanos. Estos estaban distribuidos en los diferentes Estados Nación europeos y se mostraron fieles colaboradores hasta que:

La riqueza judía se tornó insignificante; para una Europa sin el sentido del equilibrio de poder entre sus naciones ni de solidaridad intereuropea, el elemento judío anacional e intereuropeo se convirtió en objeto de odio universal, precisamente por su riqueza inútil, y de desprecio por su falta de poder. (Arendt, 2013, p 80)

Cabe recordar que el orden feudal que imperaba en Europa se rompió definitivamente en añicos a raíz de la Revolución Francesa de 1789, cuando el concepto

de la igualdad corrió como la pólvora entre los diversos países del Viejo Continente haciendo que se tambalearan los regímenes políticos gobernantes. Esto provocó que los privilegios y restricciones de los judíos fueran abolidas. Desde el siglo XVI y durante todo este período, los judíos habían sido considerados como un grupo aparte de la sociedad, y gran parte de ellos se habían convertido en financiadores oficiales de los Estados, actuando como banqueros de los diferentes países. Posteriormente con la llegada del Imperialismo, su posición dentro del poder económico bajó y nunca volvió a gozar de tanta autoridad. Curiosamente, aún habiendo adquirido durante siglos una importante posición económica, nunca tuvieron mayores aspiraciones políticas, que según transcurrieron los acontecimientos venideros, resultó ser un pecado capital. Otro hecho fundamental que no jugó a su favor fue el ser considerado un pueblo no nacional dentro de dicho Estado Nación siendo a su vez catalogado como una nación dentro de la nación, lo que levantó las suspicacias de muchos de sus propios compatriotas, que veían a la judería internacional una amenaza constante para los intereses de sus países (*Los protocolos de los Sabios de Sión* ahondaron en esa idea de los judíos como seres dispuestos a hacerse con el poder mundial).

Otro problema importante a tratar es la “desjudificación” de los propios judíos a partir del s. XVIII en ciertos sectores: se les animó a que no se comportaran “como judíos” y a elevar su cultura para poder ser asimilados mejor dentro de la sociedad, que desde luego no admitía la igualdad que había sido promulgada. Esto provocó la instauración de una intelligentsia judía, que curiosamente tampoco hicieron especial hincapié en sus derechos políticos y civiles, sino que sus intereses transcurrieron más bien por derroteros artísticos. Se creó así una fracturación dentro de los propios judíos entre aquellos que renegaron de sus propias raíces para poder “integrarse” mejor en la sociedad “de acogida” y entre aquellos judíos que por posición económica o social, no podían acceder a ese grupo de intelligentsia. Este desasosiego y la creación de “judíos de primera” y “judíos de segunda” (incluso hasta “de tercera” o “de cuarta”) no sirvió desde luego para crear un cortafuegos contra el antisemitismo, sino que incluso lo avivó dentro de ciertos sectores, no salvaguardando a ninguno.

3.2.2. *Imperialismo*

Conjuntamente con el antisemitismo, Arendt establece una conexión clara entre el imperialismo y el totalitarismo. El imperialismo alcanzó su cota máxima entre los años 1884 y 1914, tiempo en que África y Asia se vieron colonizadas por los países europeos. Un acontecimiento central que nos ayudará a comprender como se desarrolló el imperialismo será la emancipación política de la burguesía: “Solo cuando el estado-nación se reveló incapaz de ser el marco para un ulterior desarrollo de la economía capitalista se tornó abierta la lucha por el poder, hasta entonces latente, entre el Estado y la sociedad” (Arendt, 2013, p 212). Efectivamente, las ansias de expansión económica de la clase burguesa superaban con mucho el corsé jurídico de los países a los que pertenecían. Los continentes africano y asiático fueron objeto de codicia de estos burgueses, que vieron en dicha expansión “el objetivo permanente y supremo de la política” (Arendt, 2013, p 214). Ya que la política será un arma primordial utilizada por primera vez en la historia para alcanzar unos objetivos económicos jamás contemplados antes, podemos considerar entonces que “el imperialismo debe ser considerado como primera fase de la dominación política de la burguesía más que como una fase superior del capitalismo” (Arendt, 2013, p 229). Esa búsqueda de nuevos mercados produjo una alianza entre populacho y capital que se antoja en un primer momento extraña (más si se analiza desde una óptica marxista) pero que la autora analiza con brillantez y es que el ansia de expansión más allá de los límites nacionales era la única salida a la avaricia sin fin de los capitalistas burgueses y de los parados permanentes que no lograrían salir del pozo sin fondo donde se encontraban : esta nueva alianza entre los dos estamentos más alejados de la sociedad resultaría funesta. El imperialismo se convirtió así en un instrumento de muerte para los otros pueblos y es aquí donde Arendt nos da de nuevo un ingrediente más en su visión sobre el origen del totalitarismo: el racismo. Aunque por desgracia el fenómeno del racismo no es algo novedoso de ese tiempo, al establecer seres humanos superiores e inferiores con la violencia con que la que se realizó, el imperialismo adoptó una peligrosa tesis que más tarde se convertiría en una de las características esenciales de cualquier totalitarismo (siendo el nazismo el que llevó a extremos más altos dicho racismo). El pensamiento racial trató de “despertar en el

pueblo una conciencia de origen común” (Arendt, 2013, p 263). Conceptos como nación y raza fueron palabras sinónimas en la mente de millones de personas. Por supuesto se miró hacia otro lado a la hora de aplicar los principios de igualdad, libertad y fraternidad tan vigentes desde la Revolución Francesa ya que se interpretaba que tales principios solo eran aplicables a los pueblos europeos, siendo los hombres y mujeres de los pueblos conquistados deshumanizados y tratados como personas de segunda clase. La burocracia es sin duda otra de las piezas claves para entender el imperialismo. Al estructurar un imperio, la burocracia resulta algo desde luego indispensable, pero poco a poco usurpará el poder al poder. Los miembros de la administración se acostumbraron a ir distanciándose del gobierno pertinente, creando su propia casta donde su cupo de mando se iba incrementando. La compleja red de favores, influencias y sobornos en los que el burócrata participaba, no ayudaba sin duda a mejorar en nada.

Aunque el nacimiento de los panmovimientos no coincida con el del imperialismo, sin duda deben su expansión meteórica a este último fenómeno, y es que “las naciones de la Europa central y oriental, que carecían de posesiones coloniales y cuya esperanza de expansión ultramarina era escasa, decidieron por entonces que tenían el mismo derecho a extenderse” (Arendt, 2013, p 332). Por supuesto huelga decir que se extenderían por el resto de Europa. Este tipo de panmovimientos se volvió increíblemente atractivo al populacho y prendió con fuerza en cierto tipo de intelectuales. Este tipo de nacionalismo tribal- tan característico como hemos dicho de los países de Centroeuropa y de Europa Oriental- poseía un aura mística que predicaba un origen divino del pueblo al que representaba, convirtiéndoles en un pueblo elegido “y uniforme de arrogantes robots” (Arendt, 2013, p 345). Era además más agresivo, ya que situaba al pueblo en cuestión rodeado de enemigos ante los que había que organizarse y defenderse. Todo esto iba creando un caldo de cultivo perfecto para acontecimientos posteriores.

Tras el final de la I Guerra Mundial, se produjeron una serie de episodios como la inflación o diferentes guerras civiles que alcanzaron cotas de magnitud jamás vistas hasta la fecha. El odio y la desintegración alcanzaron todas las esferas enrareciendo y enturbiando aún más el tenso ambiente. Los apátridas y las minorías no tuvieron un

gobierno que les protegiera y cuidara y los Estados Nación europeos se descubrieron pronto incapaces de garantizar los derechos humanos de los que habían perdido sus derechos nacionales. Tal y como señala la autora:

La población nacionalmente frustrada se hallaba firmemente convencida, como lo estaba todo el mundo, de que la verdadera libertad, la verdadera emancipación y la verdadera soberanía popular solo podía lograrse con un completa emancipación nacional; de que el pueblo, sin un gobierno nacional propio, se hallaba privado de los derechos humanos. (Arendt, 2013, p 391)

Esto nos lleva a la lógica conclusión de que dentro de los Estados Nación, los gobernantes sabían perfectamente que las minorías debían de ser asimiladas o eliminadas y por desgracia el pueblo judío fue un claro objetivo.

3.2.3 Totalitarismo

La tercera y última parte del libro de Arendt, la autora reflexionará sobre los componentes que constituyen el totalitarismo. En primer lugar deberemos de hablar de las masas, ya que los regímenes totalitarios “gobiernan y se afirman con el apoyo de las masas” (Arendt, 2013, p 432). Estas serán definidas como:

Personas que, bien por su puro número, bien por su indiferencia, o por ambos motivos, no pueden ser integradas en ninguna organización basada en el interés común, en los partidos políticos, en los gobiernos municipales o en las organizaciones profesionales y los sindicatos. (Arendt, 2013, pp 438-439)

Efectivamente, los movimientos totalitarios querrán organizarlas para alcanzar sus objetivos políticos y es que, se cometieron dos errores fundamentales por parte de los países gobernados democráticamente. El primero de ellos fue “pensar que cada individuo simpatizaba con su propio partido o con el del otro. Al contrario, los movimientos mostraron que las masas políticamente neutrales e indiferentes podían ser mayoría en un país gobernado democráticamente” (Arendt, 2013, p 439). El segundo

fue creer que “las masas políticamente indiferentes no importaban, que eran verdaderamente neutrales y no constituían más que un fondo indiferenciado de la vida política de la nación” (Arendt, 2013, p 440). La descomposición del sistema de clases fue el verdadero detonante para el surgimiento de las masas: el que otrora perteneciera a una delimitada y compacta clase social se veía desprovisto de tal estructura social. La ruptura del sistema de clases provocó también una ruptura del sistema de partidos, ya que dichos partidos eran incapaces de representar los intereses de ninguna clase. Y es que:

La caída de los tabiques que protegían a las clases transformó a las adormecidas mayorías existentes tras todos los partidos en una masa desorganizada y desestructurada de furiosos individuos que no tenían nada en común excepto su vaga aprensión de que las esperanzas de los miembros de los partidos se hallaban condenadas, de que, en consecuencia, los miembros más respetados, diferenciados y representativos de la comunidad eran unos imbéciles y de que todos los poderes existentes eran no tanto malos como igualmente estúpidos y fraudulentos. (Arendt, 2013, p 443)

Es en esta terrible atmósfera se desarrolló el hombre- masa, que no es más que un hombre aislado, desesperado, que encuentra en dicha masa la aniquilación de su yo, abandonándose en el grupo, siendo su aislamiento y su falta de relaciones sociales normales su característica principal. En efecto, tal y como recoge la autora “los movimientos totalitarios son organizaciones de masas de individuos atomizados y aislados” (Arendt, 2013, p 453). La lealtad total se convertirá en una importante arma para la dominación total. Estos movimientos ejercieron un poder impactante entre el populacho y la élite: para los segundos los dirigentes totalitarios – al igual que ellos mismos- se situaban al margen del sistema de clases mientras que para los primeros el hecho de que las vidas de dichos dirigentes hubieran sido un fracaso antes de embarcarse en la aventura política constituía una fuente de profundas simpatías. La alianza entre ambos sectores de la población, a priori tan alejados entre sí, conducirán a la sociedad a una continua radicalización y pérdida de libertades. Un factor primordial en la conquista de dichas masas será la propaganda, que jugará un papel crucial. Esta propaganda estará salpicada de mentiras, falsos razonamientos y demagogia para tratar de atraer a la masa y partirá de la base de que el mundo exterior es malo y perverso. La

infalibilidad del líder o la falta de reconocimiento por parte de este de errores cometidos, son también ejercicios de propaganda que manipulando constantemente buscará la atomización completa del individuo y su completa fanatización. Si la propaganda es fundamental para el movimiento totalitario y un efectivo instrumento, el terror es otra de las características esenciales dentro del mismo y se convertirá en la verdadera esencia de su gobierno: amenazas, asesinatos y crímenes diversos lanzaban el contundente mensaje a la población que más valía estar con ellos que contra ellos. Otro factor importante junto con la propaganda (siendo ambas las dos caras de la misma moneda) será la organización: las llamadas organizaciones frontales jugaran un destacado rol antes de la conquista del poder, realizando una clara línea divisoria entre los miembros del partido y los simpatizantes. Gracias a este tipo de organizaciones el movimiento totalitario se da a conocer al mundo, difundiendo su propaganda de manera más amable y suave. Llama la atención que se multipliquen los organismos dentro de una misma formación, añadiendo más y más capas (el caso de las SA y las SS es un claro ejemplo de todo esto). La llamada también “jerarquía fluctuante” y sus constantes cambios de autoridad, harán que se viva en un estado de permanente alerta, siendo los controladores controlados (entrando en un círculo vicioso donde nunca se sabe quien pasará a ser el nuevo controlador). La lealtad suicida con que se venera al líder (el líder siempre tiene razón) es otra de los rasgos a señalar dentro de la organización.

Los gobiernos totalitarios perseguirán la dominación total, organizando “la pluralidad y diferenciación infinitas de los seres humanos como si la humanidad fuese justamente un individuo” (Arendt, 2013, p 589). Esto se llevará a cabo desde “el adoctrinamiento ideológico de las formaciones de élite como a través del terror absoluto de los campos” (Arendt, 2013, p 589). El terror de la fase inicial servirá para deshacerse de todos los enemigos y opositores, pero el terror total comenzará “cuando el régimen ya no tiene nada que temer de la oposición” (Arendt, 2013, pp 591-592). La aparición de campos de exterminio puede bien considerarse el infierno en la Tierra, surgiendo un mal radical nunca visto hasta entonces. Se pretende eliminar no ya la vida humana, sino hacer desaparecer de la faz de la Tierra cualquier rastro que pudiera indicar la existencia de la víctima. La destrucción de la persona jurídica y la aniquilación de la persona moral hace que lo único que tenga ese individuo a lo que aferrarse es su única identidad, que

será a su vez combatida con métodos tales como hacinamiento en transporte de ganado, rasurado de cabeza o torturas. Una vez destruida la dignidad humana:

Solo quedaban entonces fantasmales marionetas con rostro humano que se comportan todas como el perro de Pavlov, que reaccionan todas con perfecta seguridad incluso cuando se dirigen hacia su propia muerte y que no hacen más que reaccionar. Éste es el verdadero triunfo del sistema. (Arendt, 2013, p 611)

Así pues, los gobiernos totalitarios siempre se han desarrollado a partir de un sistema unipartidista, transformando las clases en masas, y suprimiendo el sistema de partidos. La esencia de los mismos será el terror, que encontrará terreno abonado en la soledad y el desarraigo de muchos miembros de la sociedad, particularmente de las masas. Este terror total destruirá cualquier atisbo de humanidad en el ser humano, aniquilando su rica pluralidad y degradándole hasta niveles nunca vistos.

El ajuste de cuentas de Arendt con el totalitarismo no fue el único que se hizo tras la Segunda Guerra Mundial. Toda una generación de filósofos de la política, coetáneos de Arendt, se ocuparon igualmente de tratar de entender el fenómeno totalitario desde una perspectiva filosófico-política. Los casos más destacados son los de Strauss, Lefort, Talmon, Bobbio y Aron: muchos de ellos están influidos directamente por las reflexiones de Arendt, que pasaremos a estudiar a continuación.

3.3. Conflicto entre la Filosofía y el Poder: la Tiranía

En su libro *Sobre la Tiranía*, Leo Strauss recoge el comentario que hizo de la obra *Hierón* de Jenofonte. Dicha obra se basa en el diálogo imaginario entre el poeta Simónides y el tirano Hierón. Hierón expresa su pesar ya que la vida del tirano presenta pocos placeres que se puedan disfrutar (a pesar de las apariencias) y se queja por vivir una vida donde no es amado por su pueblo. Simónides, que en un principio también era de la opinión que un tirano lo tenía todo para poder disfrutar de la cantidad de placeres

que un tirano tiene al alcance de su mano, termina haciendo una serie de recomendaciones a Hierón que le permitan ser feliz y ser amado por sus súbditos. Strauss sostiene que los clásicos son las fuentes donde han de beber los filósofos y que los problemas esenciales de la filosofía ya han sido tanto expuestos como desarrollados correctamente por parte de los pensadores griegos. En este caso, “el peligro de la tiranía es tan antiguo como la vida política. El análisis de la tiranía es, por tanto, tan antiguo como la ciencia política misma” (Strauss, 2005, p 41). Existen obvias diferencias entre la tiranía clásica y la de hoy en día ya que la tiranía actual “tiene a su disposición la tecnología así como las ideologías [...] y presupone la existencia de la ciencia, es decir, de una particular interpretación o clase de ciencia” (Strauss, 2005, p 42). Para Strauss será imposible entender la tiranía moderna sin entender a los clásicos. Para nuestro autor, un Estado homogéneo no sería causa de satisfacción para sus habitantes (al igual que Arendt), ya que al estar el individuo integrado en una masa ignorante, manejada por el Estado y este a su vez por el Tirano, perdería toda espontaneidad y creatividad, así como capacidad de pensamiento y acción: el ser humano perdería por tanto su esencia, estaríamos ante un régimen deshumanizante. Nunca puede haber una Tiranía buena. Si Simónides aconsejaba a Hierón como hacer que su pueblo le quisiera, Strauss mantendrá que entre la Filosofía y el Poder debe de existir una sana distancia: “un auténtico filósofo no debe buscar la eficacia política antes que todo, sino que debe hacer notar esa diferencia” (Esquirol, 1998, p 47). El filósofo debe de tener cuidado y no presuponer “que vive en un Estado político conforme a la razón filosófica” (Esquirol, 1998, p 47). Esta sola idea haría que estuviera abocado al más profundo fracaso.

Alexandre Kojève, un hegeliano de izquierdas, mantendrá una postura mucho más pragmática que su amigo y colega Leo Strauss a cuenta de la Tiranía, sosteniendo una postura radicalmente opuesta a la del autor alemán. El llamado “Final de la Historia” que llega de la mano de un Estado homogéneo, podrá por fin llevar la felicidad al ser humano. El filósofo puede dar consejos sabios al tirano, ya que no debe haber distinción entre política real y política filosófica:

Si la filosofía es la búsqueda de la verdad, es una búsqueda de la síntesis entre el discurso práctico y la teoría. Si la política filosófica directa fracasa en la historia [...] la filosofía sale ganadora, puesto que la historia persigue, sin saberlo, el mismo fin que

busca la filosofía: la realización del Estado universal y homogéneo” (Esquirol, 1998, p 47).

Desechando la utopía como horizonte lejano, las ideas del filósofo podrán servir para ayudar a construir ese último Estado, no siendo considerado este último como algo pernicioso para el ser humano sino todo lo contrario.

3.4. El ajuste de cuentas desde la izquierda: Claude Lefort

Sin duda alguna “la vocación del poder totalitario consiste efectivamente en atraer hacia su ámbito al pensamiento y a la palabra públicos; en clausurar el espacio público [...] para convertirlo en su espacio privado” (Lefort, 2004, p 195). Ciertamente esta imagen del totalitarismo que nos ofrece Lefort bien podría ejercer como definición de lo que sucedió en la URSS. Aunque el concepto de totalitarismo fuera en un principio considerado de derechas, hay que preguntarse por qué análisis como el de Hannah Arendt pasaron prácticamente desapercibidos y por qué la izquierda dejó “a los conservadores o a los liberales la iniciativa de formular el problema totalitario” (Lefort 2004, p 221). Es imposible pensar en la URSS y que no aparezcan en nuestra mente ideas como “estrato burocrático, el avance de las desigualdades sociales, perfeccionamiento del sistema policial, la extensión de los campos de concentración o el culto a Stalin” (Lefort, 2004, p 222). La imagen de un líder supremo como Stalin evoca con fuerza la naturaleza totalitaria de su mandato proclamando “¡la sociedad soy yo!” (Lefort, 2004, p 222). No obstante, el concepto del totalitarismo era profundamente rechazado por la izquierda tal vez por considerarlo un problema político:

[...] y la izquierda no piensa en términos de política [...] Los socialistas son decididos partidarios de la intervención del Estado en todos los campos de la vida social para disimular, o para suprimir, las desigualdades que surgen en el marco de la sociedad civil, para atenuar los efectos de la apropiación de la riqueza por parte de una minoría, o para hacerla imposible. A ellos cabe atribuir [...] todos los esfuerzos realizados en pro de un reparto más equitativo de los impuestos; todas las propuestas o las medidas más

eficaces para defender a los asalariados de la arbitrariedad patronal [...]. (Lefort, 2004, p 225)

Y es que pese a que la acción política siempre haya formado parte del ala de la izquierda “no debemos confundir la capacidad de actuar políticamente con la vista puesta en la formación de un Estado reformador, o revolucionario, y la capacidad de concebir la sociedad como sociedad política” (Lefort, 2004, p 225). Quizá uno de los principales problemas sea que el Estado socialista no reconoce el carácter simbólico del poder y lo reduce “la función de órgano, de instrumento al servicio de fuerzas sociales” (Lefort, 2004, p 227). Aunque la legitimidad del poder se base en el pueblo, “si un partido pretende identificarse con él y apropiarse el poder con el pretexto de esta identificación, esta vez lo que se niega es el principio mismo de la distinción Estado-Sociedad” (Lefort, 2004, p 227). Esto es exactamente lo que ocurrió en la extinta Unión Soviética que al identificarse tanto el partido comunista con la sociedad, desaparece la sociedad civil como tal, llegando los tentáculos del partido a todos los extremos de la población, haciéndose uno con su voluntad, con lo que ello conlleva. Tampoco se puede perder de vista a la burocracia “que tiende a someter hasta los detalles de la vida social” (Lefort, 2004, p 228). Quizás dejándose llevar por ciertas ideales nobles como la igualdad “la izquierda socialista [...] trabaja a favor de una separación cada vez mayor entre el poder administrativo, reglamentario, policial, y de la sociedad de la que se encarga” (Lefort, 2004, p 228). Igualmente, el papel característico de la organización que Arendt denunció en todo movimiento totalitario se presenta inequívocamente en la URSS. Desde la administración a la escuela, pasando por la producción o el hospital, todo es sometido a la autoridad política, ya que “la sociedad se presenta como una materia amorfa que hay que organizar” (Lefort, 2004, p 236). Asimismo, retomando a Arendt, la incertidumbre referente a su puesto que afecta a todos los miembros del partido (ya que no saben si serán cesados o no así como tampoco saben si su cota de poder puede disminuir de un día para otro), junto con la imagen del pueblo-uno son características particularmente significativas en la ex Unión Soviética. Tampoco podemos perder de vista la necesidad de adversarios que el totalitarismo soviético necesitó para alimentar su propia visión, y acuñará la expresión del “otro maléfico” (Lefort, 2004, p 248). En caso de no existir habrá que inventar a los diversos adversarios

(recordemos que ya desde los tiempos de Lenin, los llamados “enemigos del pueblo” era perseguidos y aniquilados), elevando así el nivel de odio y de psicosis colectiva.

Queda entonces patente el hecho que en el régimen soviético se dan “la anulación de los signos de la división entre el Estado y la sociedad, y la de la división social interna” (Lefort, 2004, p 234). Existe pues “una identificación del pueblo con el proletariado, del proletariado con el partido, del partido con la dirección y de la dirección con el ególatra” (Lefort, 2004, p 249). Por tanto, “el concepto de totalitarismo supone este doble fenómeno: una sociedad sin divisiones y un poder estatal que condensa en una unidad el poder policial, el conocimiento y la ley que fundan el orden social” (Lefort 2004, p 263). Aunque los regímenes totalitarios sean voraces y no haya sitio para las aspiraciones democráticas, estas terminarán surgiendo cuando el totalitarismo se encuentra ya en fase de descomposición (Solidaridad de Lech Walesa o la famosa Perestroika de Gorbachov son dos de los ejemplos más ilustres), y es que, la democracia, con todas sus imperfecciones, es siempre más preferible que cualquier totalitarismo.

3.5. Los totalitarismos vistos desde el lado liberal: Talmon, Bobbio y Aron

3.5.1. Talmon y los Orígenes de la Democracia Totalitaria

La democracia moderna evolucionó por dos diferentes caminos: la concepción liberal de la democracia y la totalitaria. Aunque ambas visiones tienen a la libertad como bien supremo, para los primeros

La política es materia en la que se puede acertar y errar, y mira los sistemas políticos como tretas pragmáticas debidas al arbitrio y al ingenio humano y también reconoce la existencia de variedad de planos, en los que las actividades colectivas y personales exceden del campo de la política. (Talmon, 1956, p 1)

Los segundos pensarán que hay una:

Suposición de una verdad política única y exclusiva. Podría ser llamada mesianismo político, en el sentido de que postula esquemas de realidades perfectas, preordenadas y armoniosas, hacia los cuales los hombres son llevados irremisiblemente y a las que están obligados a llegar. Finalmente, reconoce un solo plano de existencia: el político. Extiende el campo de la política hasta abarcar toda la existencia humana. (Talmon, 1956, p 2)

La democracia totalitaria viene impulsada por tres factores que suponen un auténtico seísmo y ruptura para con el pasado: decadencia del concepto religioso de la vida, la idea del hombre individual abstracto y el nacimiento de una filosofía racionalista. Será esa razón precisamente la que acaparará toda manifestación humana y la reclamará para el Estado. Talmon también distingue entre totalitarismo de izquierdas y de derechas: “mientras que el punto de partida del totalitarismo de izquierda ha sido [...] el hombre, su ser y su salvación, el de las escuelas del totalitarismo de derecha ha sido la entidad colectiva, el Estado, la nación o la raza” (Talmon, 1956, pp 6-7). Asimismo también incide en las diferentes concepciones del ser humano: “la izquierda proclama la esencial bondad y perfección de la naturaleza humana. La derecha declara que el hombre es débil y corrompido” (Talmon, 1956, p 7). Una vez aclarados estos términos, debemos volver la vista atrás hacia el concepto de voluntad general de Rousseau para poder empezar a entender mejor la democracia totalitaria. Para él:

La voluntad general es [...] algo así como una verdad matemática o una idea platónica. Tiene por sí misma una existencia objetiva, haya sido comprendida o no. Sin embargo, habrá de ser descubierta por la mente humana. Y habiéndola descubierto, la mente humana no puede, honradamente, dejar de aceptarla. (Talmon, 1956, p 45)

Y es que para el pensador francés, la voluntad individual siempre estará a merced de la voluntad general, ya que esta “nos guiará acerca de la naturaleza de nuestras ideas y deseos. Cualquier cosa que nosotros pensemos y deseemos será buena, grande y sublime si guarda relación con el interés general” (Talmon, 1956, pp 44-45). El interés general. Ahí reside otra pieza más de la ecuación rousseauiana. Equipará interés general con voluntad general y a estos dos con la soberanía popular: “La idea de pueblo queda, naturalmente, restringida a los que se identifican con la voluntad general, y con

el interés general. Los que están fuera no son realmente de la nación” (Talmon, 1956, p 52). Estas ideas quedaron grabadas a fuego en los jacobinos, que la llevaron a cabo tras la Revolución Francesa del año 1789. Aún siendo radicales en sus ideas, los jacobinos animaban a la participación política activa y “condenaban la neutralidad o la indiferencia [...] proclamando que el hombre debe sacrificar su interés personal al bien común” (Talmon, 1956, p 91). En un principio era el sueño de Robespierre ser el garante de la dignidad de la persona y de ser el hacedor de un gobierno del pueblo y para el pueblo pero pronto se instaló la idea de que todos los males provenían siempre del gobierno, jamás del pueblo. Además, la nación estaba dividida en pobres y ricos y estos últimos no representaban al “pueblo” ni por tanto a la voluntad general ni al bien común, con lo que comenzó una campaña de hostigamiento hacia ellos. “Ellos” no eran “nosotros” y por tanto no debían ser tenidos en cuenta en absoluto. El pueblo cada vez se convertía más “en una idea vaga y mística” (Talmon, 1956, p 112). Si como hemos dicho con anterioridad, al principio los jacobinos promulgaban que todo hombre participara en política tachándole de egoísta en caso contrario, en la Dictadura jacobina poco a poco se fue cambiando el tercio, y si bien se estaba de acuerdo en que las necesidades materiales del pueblo de Francia debían de estar cubiertas, la “voluntad del pueblo” quedaba en manos de unos pocos ilustrados, que sabían interpretarla y salvaguardarla, ya que el pueblo como tal estaba mal influenciado. Huelga decir que los partidos opositores fueron catalogados como “enemigos del pueblo” ya que “la idea de una única y exclusiva verdad, base de la rígida concepción de la virtud republicana, excluye la posibilidad de partidos políticos que representen honradas divergencias de opinión” (Talmon, 1956, p 126). François Babeuf, pensador francés fascinado por la Revolución y seguidor de Robespierre, se convertirá en firme defensor del comunitarismo igualitario manteniendo “la fe en una causa única, la causa final y la respuesta única a todos los males que puede haber en el mundo” (Talmon, 1956, p 188). Para Babeuf, el estado debía de encargarse tanto de la organización de la producción como de la distribución y el consumo final (lo que denominó como Gran Economía Nacional) convirtiéndose la población en trabajadores del estado. Naturalmente se impondría el sistema de propiedad común y se aboliría la propiedad privada, extendiéndose el principio de igualdad absoluta, quedando prohibida toda competencia. Para los seguidores de Babeuf, “el pueblo era un comunidad de iguales, una comunidad

de trabajadores no propietarios” (Talmon, 1956, p 255). Igualmente hacían mucho hincapié “en la correlación entre virtud, democracia e igualdad comunista” (Talmon, 1956, p 243). La democracia que Babeuf promulgaba era aquella capaz de dar al pueblo los instrumentos necesarios para ser realmente soberanos y ejercer como tal: desconfiaba de la representación parlamentaria y tres Asambleas de soberanía velarían para el correcto funcionamiento de tal democracia. Desaparecerían cualquier tipo de privilegios y se pretendía que surgiera “un sentimiento espontáneo de afirmación amorosa al nuevo orden” (Talmon, 1956, p 263). La democracia totalitaria pues, en el nombre del pueblo, la voluntad general o la igualdad junto con conceptos como orden natural, racionalidad o mesianismo político, cayó en la tiranía aún habiéndose apoyado en nobles ideales.

3.5.2. Bobbio y la defensa de la democracia

Para Norberto Bobbio, los Estados totalitarios practican un poder ilimitado políticamente que fagocita cualquier signo de espontaneidad tanto en la acción como en el pensamiento humano. Si tomamos en cuenta su propia definición de totalitarismo, en el *Diccionario de Política* encontraremos que:

Una característica específica del totalitarismo es la movilización total del cuerpo social, con la destrucción de todas las líneas entre el aparato político y la sociedad [...] la acción totalitarista penetra en la sociedad hasta sus células más escondidas, la envuelve totalmente. Los elementos constitutivos del totalitarismo son la ideología, el partido único, el dictador, el terror. La ideología totalitaria es la crítica radical a la situación existente y una guía para su transformación también radical y orientan su acción hacia un objetivo sustancial: la supremacía de la raza elegida o la sociedad comunista... El partido único, animado por la ideología, se opone y se sobrepone a la organización del Estado, trastornando la autoridad y el comportamiento regular, politiza a todos los grupos y a las diversas actividades sociales. El dictador totalitario ejerce un poder absoluto sobre la organización del régimen, haciendo fluctuar a su gusto la jerarquías, sobre la ideología, de cuya interpretación y aplicación el dictador es el depositario exclusivo. (Bobbio, 1998, pp 1586-1587)

Como podemos observar la certera visión sobre los totalitarismos de Bobbio hace hincapié al igual que Arendt en la ideología que manipula a los hombres hasta convertirlos en marionetas dirigidas por el líder. Si hay alguna manera de hacer frente al totalitarismo es con la democracia, que el autor italiano define como:

Aquel régimen que permite tomar decisiones con el máximo de consenso de los ciudadanos, fundados sobre los principios de libertad, de modo que los ciudadanos puedan elegir sus gobernantes y al mismo tiempo, fundado sobre el principio de Estado de Derecho, que es lo que obliga a los gobernantes a no exorbitar su poder y ejercerlo en un ámbito de normas escritas. (Bobbio, 1990, p 23)

Por tanto si el Estado autoritario es aquel que gobierna desde el poder, el Estado democrático lo hará desde el Derecho. Las reglas del juego democrático y que recoge en *¿Qué alternativas a la democracia representativa?* vienen a ser las siguientes: todos los ciudadanos tienen derecho a voto sin importar raza, sexo religión etc. una vez cumplida la mayoría de edad, todos los votos valen igual, todos los ciudadanos deben de ser libres al votar, la mayoría numérica es la preferida, ninguna decisión de la mayoría debe afectar a los derechos de la minoría. Por supuesto, aunque la democracia es la forma de gobierno preferida (y mucho más si es un Estado totalitario a quien tenemos en frente), hay un importante choque entre la realidad y los ideales que la impulsaron. En su libro *El futuro de la democracia* nos encontraremos con una serie de promesas que esta la democracia hace pero que no se cumplen realmente y las denominará “falsas promesas”.

En primer lugar hablaríamos de sociedad centrípeta vs sociedad centrífuga: el individuo soberano podía ponerse de acuerdo con otros individuos donde existiría un Estado sin cuerpos intermedios ya que “la democracia nació de una concepción individualista de la sociedad” (Bobbio, 1986, p 17). Sin embargo nos encontramos con que la realidad es bien diferente: “los grupos se han vuelto cada vez más los sujetos políticamente pertinentes, las grandes organizaciones [...] los partidos de las más diferentes ideologías y, cada vez menos, los individuos” (Bobbio, 1986, pp 17-18). En segundo lugar tenemos que hablar del problema de los intereses. Según el autor aquel que había sido llamado a velar por los intereses de la nación, no debía estar sujeto a un

mandato imperativo: debe perseguir los intereses de la nación y no los de sus representados. Para el autor “jamás una norma constitucional ha sido tan violada como la prohibición del mandato imperativo; jamás un principio ha sido tan menospreciado como el de representación política” (Bobbio, 1986, p 19). La disciplina de partido constituye un flagrante ejemplo de la violación de la prohibición del mandato imperativo. En tercer lugar hallamos la persistencia de las oligarquías: la derrota del poder oligárquico es una mera ilusión. En cuarto lugar nos topamos con la cuestión del espacio. La democracia no ha conseguido “ocupar todos los espacios en los que se ejerce un poder que toma decisiones obligatorias para un completo grupo social” (Bobbio, 1986, p 21). Y es que: “Hasta que los dos grandes bloques de poder que existen en lo alto de las sociedades avanzadas, la empresa y el aparato administrativo, no sean afectados por el proceso de democratización [...], el proceso de democratización no podrá considerarse realizado plenamente” (Bobbio, 1986, p 22). El poder invisible es quien ocupa la quinta falsa promesa. A la sombra de un Estado visible siempre ha existido un Estado Invisible: mafia, logias masónicas típicas, servicios secretos no controlados... “La democracia nació bajo la perspectiva de erradicar por siempre de la sociedad humana el poder invisible, para dar vida a un gobierno cuyas acciones deberían haber sido realizadas en público” (Bobbio, 1986, p 23). La sexta y última falsa promesa se referirá a la educación de la ciudadanía. La apatía política que se vive en las democracias más consolidadas nos muestra la clara falta de educación democrática de la ciudadanía: a mayor participación electoral mayor sana democracia habrá. El conseguir que los ciudadanos se conviertan en ciudadanos activos gracias a dicha educación, mejorará con mucho la calidad de la democracia.

También señala tres obstáculos que hacen también que la idea de la democracia encuentre serios problemas a la hora de llevarla a la práctica: la tecnocracia, el crecimiento del aparato burocrático y la “ingobernabilidad” del gobierno para con la sociedad en algunos casos. El primero de ellos versa sobre el desajuste entre tecnocracia y democracia. Al cambiar las sociedades de una economía familiar a una de mercado, y de una economía de mercado a una economía protegida, se produjeron innumerables problemas políticos que necesitaban ayuda de expertos con capacidad técnica. Si “la democracia se basa en la hipótesis de que todos pueden tomar decisiones sobre todo

[...] la tecnocracia pretende que los que tomen las decisiones sean los pocos que entienden de tales asuntos “(Bobbio, 1986, p 27). El segundo es el crecimiento del aparato burocrático “de un aparato de poder ordenado jerárquicamente, del vértice a la base y en consecuencia diametralmente opuesto al sistema de poder democrático” (Bobbio 1986, p 27). El tercer obstáculo versa sobre el rendimiento del sistema democrático. Hay que reconocer que el Estado liberal primero y luego el Estado democrático “han contribuido a emancipar la sociedad civil del sistema político” (Bobbio 1986, p 28). Sin embargo este hecho ha producido que desde la sociedad civil se produzcan continuas demandas contra el gobierno. Este responderá, pero lo hará de manera lenta por lo que se pone de manifiesto “la lentitud de los complejos procedimientos del sistema político democrático” (Bobbio, 1986, p 28). En resumidas cuentas: con todos sus defectos, la democracia basada en valores como la tolerancia, el libre debate de las ideas, la no violencia o la fraternidad propone sin dudas un futuro más brillante y más humano que cualquier estado totalitario.

3.5.3. Democracia y Totalitarismo: Raymond Aron

En su texto clásico de 1965 *Democracia y Totalitarismo*, Aron hace una clara distinción entre los regímenes constitucional-pluralistas y los regímenes de partido monopolístico. Los primeros son característicos de los países occidentales y definidos como “aquellos en los que existe una organización constitucional de la competencia pacífica por el ejercicio del poder. La organización es constitucional” (Aron, 1968, p 63). Podemos por tanto asegurar que existe una armonía y un ejercicio legal del poder basado en el voto del ciudadano. El segundo tipo de régimen sería:

El monopolio otorgado a un partido de la actividad política legítima, entendiéndose por ésta la participación en la competencia por el ejercicio del poder y en la determinación de un plan de acción, de un plan de organización de la colectividad entera. (Aron, 1968, p 67)

Este partido se apodera del Estado por la fuerza y le somete a su completa voluntad. No se puede negar que dentro de los regímenes constitucional-pluralistas existen

problemas: el primero es el carácter oligárquico de estos regímenes y el segundo es la corrupción. Distingue tres tipos de corrupción: en primer lugar el de las instituciones políticas, que “aparece cuando el sistema de partidos deja de corresponder a los diferentes grupos de intereses” (Aron, 1968, p 141). En segundo lugar el del espíritu público, donde “o bien el espíritu de partido acaba por borrar la conciencia del bien común o bien el espíritu de compromiso [...] termina por impedir toda decisión clara y toda política resuelta” (Aron, 1968, p 141). En tercer lugar y por último tenemos la corrupción de la infraestructura social, donde el poder político será incapaz de controlar las rivalidades sociales. Aunque los problemas sean graves, desde luego el régimen constitucional- pluralista será preferido al régimen del partido monopolístico. Dentro de estos regímenes de partido monopolístico podríamos distinguir tres tipos: aquel que ataca al pluralismo de los partidos más que a la constitucionalidad (régimen portugués de Salazar), el que es favorable a un partido revolucionario (nacionalsocialismo) y por último aquel que es favorable igualmente a un partido revolucionario y quiere la unificación de la sociedad (comunismo). También se pueden establecer igualmente tres tipos diferentes de regímenes de partido monopolístico atendiendo a las ideas. El primer tipo “acepta las diversidades naturales de las familias, de las corporaciones, de las regiones y mantiene la unidad a través de un Estado fuerte pero no ilimitado” (Aron, 1968, p 195). El segundo “establece un unidad nacional o racial fundada en un partido único [...] y afirma por la fuerza si es necesario la unidad colectiva, la unidad de un querer estatal” (Aron, 1968, p 196). Por último el tercer tipo “afirma que el choque de las clases está ligado con cierto régimen económico. Si se suprime la diversidad de clases o al menos el antagonismo de éstas, la unidad se presentará en la colectividad misma” (Aron, 1968, p 196). Tanto el régimen hitleriano como el comunista tienen en común el monopolio de la política y tener un líder absoluto e idolatrado, así como el uso de la ideología y del terror para satisfacer sus apetencias políticas.

Aron centrará sus críticas más en el régimen comunista, al que considera el peor régimen real sobre la faz de la Tierra. Sagazmente, aunque no se le puede denominar “régimen constitucional”, hace un certero análisis sobre las diversas “constituciones” que ha tenido la URSS, desde la primera donde se empleaba un lenguaje revolucionario hasta la de 1936, donde se recogen las leyes de organización del Estado, organización

judicial y administrativa etcétera: son tan solo papel mojado, literatura de ficción para camuflar la unión entre Partido y Estado. El partido bolchevique se erige como voz del pueblo y ostenta el poder absoluto en su nombre. Aunque para el régimen soviético los regímenes constitucional-pluralistas están gobernados por oligarquías que solo persiguen contentar sus propios anhelos de poder y dinero, la verdad es que al menos en este tipo de regímenes tienen mayor libertad real ya que “existe una pluralidad de organizaciones independientes del Estado” (Aron, 1968, p 221). Llevando la ideología marxista hasta el punto de imponer sus ortodoxia en campos tan dispares como música o pintura, así como el uso del terror (deportaciones de pueblos enteros, ejecución de adversarios políticos...) hará del régimen comunista algo realmente insoportable.

Distinguirá cinco características que constituyen los elementos principales del fenómeno totalitario y son las siguientes:

1) El fenómeno totalitario sobreviene en un régimen que concede a un partido el monopolio de la actividad política. 2) El partido monopolístico está animado o armado por una ideología a la cual se le confiere una autoridad absoluta, y que por consiguiente se transforma en la verdad oficial del Estado. 3) Con objetivo de difundir esta verdad oficial, el Estado se reserva su vez un doble monopolio, el de los medios de fuerza y el de los medios de persuasión, y el conjunto de los medios de comunicación [...] 4) La mayor parte de las actividades económicas y profesionales están sometidas al Estado y acaban siendo, en cierta manera, parte del mismo [...] 5) [...] una falta cometida dentro de una actividad económica o profesional es simultáneamente una falta ideológica, por lo que en último término se produce la politización, la transfiguración ideológica de todas las faltas posibles de los individuos y, para concluir, el terror a la vez policíaco e ideológico. (Aron, 1968, p 238)

Aron examina a continuación las razones de quienes niegan el parentesco de los dos totalitarismos al igual que los argumentos de quienes lo afirman. Dentro de los primeros, las tesis serán la diferencia de reclutamiento entre el partido nacionalsocialista y el comunista, que los comunistas y fascistas luchan a muerte entre ellos, analiza la incompatibilidad total de las dos ideologías y que el nacionalsocialismo y el capitalismo son “solidarios, no siendo el primero sino un régimen forjado por los capitalistas o los

monopolistas con vistas a mantener su propio poder” (Aron, 1968, p 241). Aron dará por insatisfactorias todas estas argumentaciones. Igualmente no se mostrará convencido por los razonamientos a favor : aunque reconoce que los fenómenos totalitarios son parecidos en determinados periodos de la historia (partido único, ideología oficial, el poder absoluto del líder, terror policíaco etcétera), rechazará con vehemencia el argumento según el cual” sólo cuenta el poder y las ideas no tienen significado ni eficacia” (Aron, 1968, p 243). Para Aron hay que tener en cuenta otros dos métodos como son la historia y la ideología para tratar de entender mejor ambos regímenes y ver si finalmente hay más diferencias entre ellos o al contrario, les une un parentesco indudable. Históricamente “el régimen soviético surgió de una idea revolucionaria, inspirada por un ideal humanitario. El fin era crear el régimen más humano que la historia hubiera conocido, el primer régimen en el cual todos los hombres podrían acceder a la humanidad” (Aron, 1968, p 245). Sin embargo, el régimen nazi pretenderá rehacer moralmente a Alemania y ampliar su territorio, lo que conlleva a la guerra. No podemos además olvidar que” el objetivo que se proponía el partido nacionalsocialista consistía en rehacer el mapa racial de Europa, eliminando a algunos pueblos considerados inferiores y asegurando el triunfo de otro, juzgado superior” (Aron, 1968, p 249). Por lo tanto Aron sacará la conclusión de que aunque existen similitudes innegables, hay una diferencia esencial ya que “en un caso lo que impera es la voluntad de construir un régimen nuevo y tal vez incluso otro tipo de hombre [...] en el otro, la voluntad propiamente demoníaca de destruir a una pseudo raza” (Aron, 1968, p 250).

Así pues podemos distinguir cuatro grandes diferencias entre el régimen constitucional-pluralista y el monopolístico: 1) oposición entre concurrencia y monopolio 2) gracias a la constitucionalidad los gobernantes necesitaran de la intervención de otros órganos para promulgar una ley mientras que en un régimen autoritario se puede promulgar una ley automáticamente por los dirigentes 3) pluralismo de los grupos sociales y absolutismo burocrático 4) Estado de partidos frente a Estado partidario.

La imperfección del régimen del partido monopolístico es con mucho, más radical y perversa: supone una sociedad homogénea, con economía planificada, donde se

prohíben las opiniones expresadas libremente y con una clara voluntad de violencia y siempre se preferirá un régimen constitucional-pluralista pese a sus muchos defectos.

4. ORÍGENES ROMÁNTICOS DEL NACIONALSOCIALISMO

A la hora de realizar nuestro análisis sobre el nacionalsocialismo no podemos evitar hablar del Romanticismo y del Irracionalismo como fuentes que inspiraron aunque sea de manera indirecta ciertas ideas nazis. Si hasta ahora hemos visto el totalitarismo desde una vertiente filosófica- política, diversos pensadores a lo largo del S. XX trazaron una clara línea entre numerosas concepciones y creencias románticas (como la crítica de la razón o la exaltación de la Kultur) con pensamientos e ideales nazis. Safransky por el contrario, aún admitiendo la potencia y la calidad de los argumentos de los filósofos anteriormente citados, se mostrará en contra del binomio Romanticismo/ Nazismo. Es indispensable hablar de Louis Dumont, que basará su estudio en el individualismo y de cómo este afectó a la noción política de ciertos autores de la época de la talla de Herder o Fichte.

4.1. La mentalidad alemana: Herder y Fichte

Que la llamada “cultura alemana” floreció excepcionalmente en los años del romanticismo es un hecho reconocido y sabido por todos los especialistas. Autores como Fichte, Schelling o Goethe eclosionaron en campos como la filosofía o la literatura produciendo una calidad nunca experimentada en las letras germanas. Si queremos analizar cómo y por qué se produjo esta generación de pensadores y artistas en ese concreto espacio de tiempo, sin duda debemos analizar antes una serie de factores que nos ayudaran a comprender mejor como cristalizaron las ideas de los autores románticos en la época.

Sin duda alguna, para entender el movimiento romántico alemán primero deberemos retroceder en el tiempo hasta 1789, fecha en la que Revolución francesa y sus ideales de igualdad, legalidad y fraternidad (auspiciadas en buena medida por la Ilustración) tomaron el país galo. Los años posteriores estuvieron marcados por un clima difícil en el país vecino, donde las revueltas y los continuos cambios de gobiernos (y de régimen) salpicaron la vida política y por supuesto la social o la artística. Aunque es cierto que el romanticismo surgió como protesta contra la diosa razón francesa y que las envidias que suscitaba el estado francés frente a un todavía no unificado estado alemán, hicieron que estos últimos desarrollaran una movimiento donde el idealismo, la libertad individual o la pasión de los sentimientos se convirtieron en algo fundamental para ellos, debemos de añadir un serie de observaciones que nos permitirán entender mejor la relación entre ambos países. En primer lugar, deberíamos de tener en cuenta la diferencia de mentalidad entre los franceses y los alemanes. Louis Dumont en su extraordinario libro *German Ideology* recoge: “(el francés) proclama Soy un hombre por naturaleza y un francés por casualidad. (El alemán) confesará: soy esencialmente un alemán y soy un hombre gracias a que soy alemán” (Dumont, 1994, p 3). Gracias a esta sentencia tan simple se puede captar esencialmente lo que ambos pueblos piensan: para el francés “la nación se limitaría a ser el marco de la emancipación del individuo, que es el alfa y el omega de todos los problemas políticos” (Dumont, 1987, p 139). Sin embargo, para el alemán “el hombre es reconocido inmediatamente como un ser social. La subordinación se considera en general como algo normal y necesario dentro de la sociedad” (Dumont, 1987, p 139). Por tanto tenemos un rasgo ya de por sí característico de la sociedad alemana, y es la espontánea subordinación. Hay que señalar también que para el alemán, esa sociedad (*Gemeinschaft*) es esencialmente cultural y “piensa en el mismo como un individuo que se dedica por entero al desarrollo de su personalidad” (Dumont, 1994, p 19). El concepto de *Bildung* o el cultivarse uno mismo será fundamental para entender la cultura alemana. Ese individualismo tan marcado tendrá sus orígenes en el luteranismo, que incidirá mucho (especialmente la rama pietista) en la importancia de las buenas obras y una gran espiritualidad interior individual para ser un buen cristiano y encontrar la salvación eterna. Otro rasgo importante de la mentalidad alemana es su plena identificación con el Sacro Imperio Romano Germánico como idea de soberanía universal. Recordemos que la unificación plena de Alemania no se realizó hasta 1871,

con lo que los diferentes reinos tenían al extinto Imperio como nació espiritual, heredando la vocación universal y expansionista de dicho Imperio, además de un retorno al Antiguo Régimen, donde el poder soberano es ostentado por un soberano. Lo único que habían tenido los alemanes hasta la unificación como elemento que les unía era la lengua, y de ahí desarrollaron la idea que su cultura era superior a los demás: si los demás tenían unión político ellos tenían su cultura (*Kultur*), que sería considerada una manera de influir y “gobernar” a los demás. La importante floración de la cultura alemana no produjo sin embargo ningún pensador político de altura, alguien que reflexionara sobre hacia donde se quería llevar a la futura Alemania o que se podría esperar de un Estado alemán. El pangermanismo que era heredero de ese sentimiento de pertenencia al Sacro Imperio y que vinculaba a los alemanes con un origen mítico y divino, abogaba por una dominación de los demás pueblos, y pasó a convertirse en una corriente de pensamiento popular entre muchos autores. Pasaremos a estudiar los autores que más defienden esta última idea.

4.1.1. Herder

Herder (1744- 1803) hará una alabanza desmedida hacia Egipto, la Edad Media o la religión, es decir, sus loas estarán dirigidas hacia todo aquello que las Luces desprecian. Ve en cada pueblo (Volk) “una comunidad específica en donde el pueblo se expresa, en cada ocasión y de forma irrepetible [...] siendo el pueblo germano, portador de la cultura cristiana occidental, el ejemplo moderno de ello” (Dumont, 1987, p 128). En Herder encontramos una profunda transformación de la concepción del hombre, ya que da prioridad al derecho de las culturas o de los pueblos por encima de los futuros derechos del hombre. Esto significara que:

En lugar del individuo abstracto, representante de la especie humana, portador de la razón pero despojado de sus particularidades, el hombre de Herder es lo que es, con todas sus formas de ser, de pensar y de actuar, en virtud de su pertenencia a una comunidad cultural concreta. (Dumont, 1987, p 128)

Está claro entonces que para el autor alemán todas las culturas son consideradas iguales y que “cada pueblo es tomado como un todo y no atomizado en individuos” (Dumont, 1987, p 130). Existe sin embargo una jerarquía que está presente a lo largo de la historia: a lo largo de las diferentes épocas, siempre ha habido un pueblo que ha representado a la humanidad y que se ha situado en la cúspide, dejando a los otros en un plano mucho más discreto. Vemos como esto sucede desde la Antigüedad, donde los egipcios, los griegos y más tarde los romanos se auparon a esa cumbre, dominando con claridad a otros pueblos. Naturalmente este lugar central deberá ser ocupado por el pueblo germano en la época moderna, gozando este concepto de gran importancia e influencia tanto en pensadores venideros como en la sociedad.

4.1.2. Fichte

Continuando con la idea de jerarquía entre los pueblos, nos topamos con Fichte. Aunque se vio deslumbrado por la Revolución Francesa vio en el pangermanismo su verdadera vocación. En sus célebres *Discursos a la nación alemana*, Fichte defenderá la idea de que la universalidad es lo que verdaderamente caracteriza al espíritu alemán, por lo que dicho pueblo está llamado a conquistar y dominar el mundo. Por tanto, y como hemos visto en Herder, será Alemania quien deba ocupar ahora mismo el primer escalafón de dicha jerarquía. Fichte igualmente criticará los derechos del hombre por haber surgido en una sociedad “mecanicista e individualista fundada en la idea de que cada quien no persigue un bien personal sino con el propósito de forzar a los otros, a concurrir al bien general” (Barret- Kriegel, 1991, p 94). Piensa firmemente que estos han de ser sustituidos por imperativos de la sociedad, una especie de moral colectiva. La exaltación del pueblo es grande en Fichte, que “revaluando la sociedad en lugar del Estado y de la política [...] destruirá la voluntad de separación necesaria de la sociedad y el Estado para establecer el principio de una institución del pueblo o de la sociedad” (Barret-Kriegel, 1991, p 94).

No podemos dejar de analizar la idea de libertad alemana expuesta por Troeltsch consistente en “unidad organizada del pueblo sobre la base de una devoción, a la vez

rigurosa y crítica, del individuo con respecto al todo, completada y legitimada por la independencia y la individualidad de la libre cultura (*Bildung*) espiritual” (Troeltsch, 1925 citado en Dumont, 1987, p 146). Analicemos mejor dicha sentencia. Por un lado está la devoción de los alemanes respecto a una institución o idea y como se subordinan espontáneamente ante ella sin tener consciencia de estar alienándose. Por otro lado está la importancia de la educación de uno mismo como fuente para adquirir cultura. El individualismo del que se hace gala a través del *Bildung* y la interioridad del mismo, hacen de los alemanes personas “de cultura pietista, personal, ávida de autobiografía y de confesión, en la cual el mundo de lo objetivo, el mundo político se siente como algo profano y se rechaza con indiferencia” (Dumont, 1987, p 146). Ese Estado del que habla Troeltsch y al cual se han de abandonar los alemanes es de carácter pangermanista, por lo que la vocación de dominación está más que presente en él.

Muchas de las ideas que hemos visto como la de la superioridad del pueblo alemán frente a otros pueblos y naciones quedaron grabadas en el subconsciente colectivo. Sin embargo tras la derrota de 1918, muchas de esas ideas no se vinieron abajo sino que se afianzaron con más fuerza que nunca, esperando recuperar el esplendor perdido tras el final de la Primera Guerra Mundial. Lo que si se tambaleó fue el equilibrio delicado entre la libertad interior alemana y el sentimiento muy fuerte de pertenencia a la comunidad. Hitler recondujo ciertos conceptos y los ajustó a su *Weltanschauung*. En primer lugar reinterpreta el concepto de *Volk* y lo equipara con el de raza (algo absolutamente disparatado a todos los niveles) pero que consiguió el efecto deseado por el futuro Führer: ya en *Mein Kampf* queda claro la antítesis entre el verdadero pueblo alemán, el ario, y su más detestado contrario, el pueblo judío. Igualmente la *Kultur* verdadera se desarrollaría gracias al ario mediante su espíritu de sacrificio y diversas capacidades, llevando la civilización a una cota de progreso jamás conocido anteriormente. Como el Estado no era sino el instrumento que salvaguardaría la raza, la obediencia a él y a sus leyes se convierte en algo natural y necesario, estableciendo un importante eslabón en la cadena de obediencia que tanto gustaba a los nazis.

4.2. La crítica de I. Berlín

Una de las características más acentuadas en el movimiento romántico es sin duda, el subjetivismo tan exacerbado del que hacen gala los autores. La razón va perdiendo todo su empaque y todo queda reducido al poder creador del poeta romántico, que desde su mente desarrolla un mundo mágico a la par que trascendente, que no guarda ningún parecido con la realidad. Las pasiones arrebatadoras, la exaltación de la naturaleza como fuerza omnipotente, el idealismo o el panteísmo son otras de las características más comunes del Romanticismo. Será precisamente esa irracionalidad que se va postulando como la nueva diosa del movimiento (así como lo fue la Razón en la Ilustración) la que llevará a autores como Schelling o Novalis a escribir las páginas más bellas de la literatura alemana. Aunque G. Lukács en su libro *El asalto a la razón* ya realizó un extraordinario análisis del irracionalismo entre muchos autores entre los s. XIX y XX y abra un camino entre el subjetivismo y dicha irracionalidad junto con el totalitarismo, será Isaiah Berlin quien analice mejor el paralelismo existente entre romanticismo y el nacionalsocialismo ya que para este autor el fascismo está fuertemente vinculado con el Romanticismo. Para el historiador de origen letón dicho subjetivismo lleva a una inversión de valores:

El culto a la integridad y a la pureza frente a la eficacia o capacidad para el descubrimiento y el conocimiento; libertad frente a felicidad; conflicto, guerra, autoinmolación frente a concesión, ajuste, tolerancia; el genio salvaje, el desterrado, el héroe doliente [...] contra la sociedad domesticada, civilizada, respetable o filistea escandalizada por las demandas y criterios de los rebeldes. (Berlin, 1998, p 272)

Establecemos pues una identificación clara entre los valores que representa el romanticismo y los valores fascistas. Según la tesis de Berlin, el Romanticismo alemán gracias a esta inversión de valores que tomó primero el ámbito espiritual y luego dio el salto a la política produjo la destrucción de los órdenes humanos, ya que lo que comenzó como una oda a la voluntad creadora individual se magnificó de tal manera que terminó por convertirse en una fuerza que no acepta ninguna estructura objetiva.

Para entender mejor que significa el Romanticismo, nadie mejor que el propio autor para darnos una definición:

El Romanticismo es lo primitivo, lo inocente, es la juventud, el exuberante sentido de la vida del hombre natural, pero también es la palidez, la fiebre, la enfermedad, la decadencia, la maldición del siglo [...] Es la confusa abundancia y riqueza de vida, la inagotable multiplicidad, la turbulencia, la violencia, el conflicto, el caos pero también la paz [...] la armonía con el orden natural, la música de las esferas, la disolución en un eterno espíritu. Es lo extraño, lo exótico, lo grotesco, lo misterioso, lo sobrenatural [...] Es el extremo misticismo [...] Es también auto tortura, auto aniquilación, suicidio. (Berlín, 1999, pp 20- 21)

Aunque los historiadores datan el surgimiento de este movimiento intelectual a finales del siglo XVIII en Inglaterra, lo cierto es que encontró en Alemania su particular tierra abonada, triunfando y produciendo numerosos autores de categoría mundial. Si el S.XVIII había sido el siglo de las Luces o de la Ilustración donde se los principios de orden, sentido común, moderación, justicia y razón habían culminando en la Revolución Francesa, los románticos se rebelaron contra todo lo que tenga un barniz de Ilustración y proclamarán valores como la integridad o la sinceridad, no estando particularmente interesados en adquirir conocimientos o en el avance de las ciencias. Igualmente los temas políticos tampoco les serán muy atractivos y la lealtad a la corona o a su país no gozará de gran importancia para ellos. En resumen, si los Ilustrados seguían una línea de pensamiento donde la razón actuaba como base y brújula a todas sus preguntas, viendo la vida como un puzzle fragmentado que podía ser reconstruido gracias a la lógica, a la ciencia (a la razón en definitiva), los románticos actuarán de manera diametralmente opuesta. Como hemos dicho anteriormente, la verdadera patria del Romanticismo es Alemania, y es allí donde debemos volver los ojos para comprender mejor este movimiento intelectual. La futura Alemania era una extensa región centroeuropea dividida en los siglos XVII y XVIII en provincias que distaban mucho de ser alguno de los centros culturales europeos. Dentro de este particular universo, el pietismo ocupaba un puesto central en la religiosidad de muchos germanos y podemos encontrar en él las raíces del movimiento romántico, ya que enseñaba que “si no puedes obtener el mundo que realmente deseas, debes enseñarte a ti mismo a no desearlo”

(Berlin, 1999, p 44). Esto significaba toda una filosofía de renuncia que por supuesto tuvo sus consecuencias: si la magnífica Revolución Francesa había traído orden y progreso al país vecino, al saberse incapaces de instaurar algo parecido en Alemania, la mejor manera de afrontar ese deseo era no desearlo. Si el pietismo (que nacía del Luteranismo) ponía especial énfasis en la relación directa del hombre con Dios y en la vida espiritual produciendo una intensísima vida interior que ayudaba a mitigar en buena parte una profunda desconexión con el mundo exterior, no menos cierto es que también produjo un fuerte odio a Francia. En el fondo la envidia y el sentimiento de inferioridad para con el país galo no podían disimularse del todo y fue tildado como encarnación de la maldad. De esta particular forma, se creó una anti cultura y un anti intelectualismo que junto con el hecho de que para Lutero la razón era una prostituta que ha de ser evitada, empiezan a forjar los primeros signos de la alteración de los valores que hemos hablado con anterioridad.

Sin duda, una de las personas que sentaron las bases del Romanticismo y que no es conocido por el gran público es J. G Hamann. Imbuido en religiosas experiencias y en la lectura del Viejo Testamento, influyó en autores como Goethe o Herder. Insistía en que era la fe y no el intelecto la que nos hacía comprender el universo, acusando a los franceses y a su admirada ciencia de no saber captar la realidad de la vida: al partir de lo general para establecer sus premisas, se olvidaban de lo particular y de lo único. También se olvidarán de la pasión y de los sentimientos humanos, que son en definitiva lo que nos mantienen vivos. La doctrina de Hamann “es un tipo de vitalismo místico que percibe en la naturaleza y en la historia la voz de Dios” (Berlin, 1999, p 57). Al desprenderse de todo tipo de racionalidad y lógica, su pensamiento se desbocará hacia el irracionalismo más extremo.

El simbolismo tendrá mucha importancia para los románticos, pues les permitirá conectar toda una serie de categorías como infinito/ finito o vida/muerte con una alegoría, dejando de lado una vez más la razón. Esto está conectado con su noción de profundidad que no es sino “lo inagotable y lo inalcanzable” (Berlin, 1999, p 118). Por mucho que queramos poner en palabras sentimientos o placeres, cualquier tipo de descripción hecha por maravillosamente bien que esté realizada jamás alcanzará a

describir lo que real y profundamente son. Esto nos llevará a dos fenómenos que estarán presentes a lo largo de todo el siglo XIX y XX: la nostalgia y la paranoia. El primero de ellos, la nostalgia, es debido: “al hecho que, como el infinito no puede ser agotado y como estamos buscando alcanzarlo, nada de lo que hagamos podrá jamás satisfacerlos” (Berlin, 1999, p 120). Si para los ilustrados todo estaba perfectamente definido, si existía una solución para nuestros problemas, la nostalgia implica todo lo contrario. El romántico busca “vivir expresando su naturaleza. Expresar su naturaleza es expresar su relación con el universo. Su relación con el universo es inexplicable, pero sin embargo debes expresarla” (Berlin, 1999, p 122). La paranoia tiene que ver con “algo que se oculta, con algo en la profunda oscuridad del inconsciente, o de la historia. Hay algo, en cualquier caso, no producido por nosotros que frustra nuestros deseos más queridos” (Berlin, 1999, p 123). Esto llevará a pensar que la Historia está formada por fuerzas de las cuales no tenemos control y que el mundo está sometido por enemigos o bajo la influencia de conspiraciones.

Otro grave efecto del Romanticismo será la importancia desmesurada que se le dará a la expresión de la voluntad. Esto puede verse claramente en la novela de Goethe *Wilhelm Meister*, donde se celebra por parte de los románticos que gracias a la extraordinaria y libre voluntad del protagonista, este se convierte en un genio. Esta indómita voluntad será la responsable de la creación de nuevos valores ya que a fin de cuentas:

Tu creas valores, creas objetivos, creas finales y finalmente creas tu propia visión del universo, exactamente como los artistas crean una obra de arte [...] No hay copia, no hay adaptación, no hay aprendizaje de normas [...] no hay estructura que debas entender y adaptar a ti mismo antes de proceder. El corazón de todo el proceso es la invención, la creación [...] El aspecto central de este punto de vista es que el universo es lo que tú eliges hacer de él. (Berlin, 1999, p 138)

Conectado con esta idea de voluntad, surge la idea de que no existe una estructura de las cosas. La realidad puede ser moldeada a placer y no se necesita de un estudio científico que nos indique como hemos de ver la realidad. El Romanticismo crea así una división “entre donde la verdad objetiva se obtiene- en matemáticas, en física [...] - y

donde la verdad objetiva ha sido comprometida- en ética, en estética [...] es un nueva y ha creado una nueva actitud de vida” (Berlin, 1999, p 162). Se socavan así los valores en todos los aspectos, ya que nadie puede tener un criterio objetivo tal y como los pensadores de la Ilustración pregonaban. Nietzsche mediante, el Fascismo será heredero del Romanticismo por todo esto que acabamos de citar: la cegadora voluntad, la negación de una estructura racional de las cosas, la destrucción del sentido común o la inversión de los valores, harán que el movimiento totalitario se aúpe hasta el poder.

4.3. El irracionalismo según Lukács

Aunque en el Romanticismo el irracionalismo había encontrado espacio y había propulsado muchas ideas y convicciones románticas que a la postre serían desastrosas, debemos seguirle la pista para darnos cuenta de que tan perjudicial se llegó a tornar. Si bien es cierto que el irracionalismo ha sido objeto de estudio por parte de numerosos autores modernos, debemos centrar nuestras miras en Georg Lukács. En su excepcional trabajo *Asalto a la Razón* (y que lleva por sobrenombre *La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*), el autor culpa a las filosofías burguesas comenzando por Schelling y pasando por Schopenhauer, Kierkegaard o Nietzsche de influir en la aparición del nacionalsocialismo. Recordemos que el irracionalismo desprecia el entendimiento y la razón y la sustituye por la fe, la intuición o diversos misticismos lo que provocará un relativismo moral y la exaltación de los valores irracionales del nazismo. Igualmente según el autor, el irracionalismo moderno posee dos ingredientes esenciales que no podemos obviar que son el rechazo al progreso socio- histórico y la negación del desarrollo de la historia.

Lukács no pretende establecer hilo directo entre Nietzsche y Hitler por ejemplo, sino hacernos ver como la filosofía a lo largo de los siglos XIX y XX se va trufando de ideas irracionales que convergerán en el totalitarismo nazi. Comenzará por Schelling y su intuición intelectual. El autor alemán se desligará de la razón y proclamará que la intuición intelectual está por encima de cualquier tipo de conocimiento, aniquilando de un plumazo y cuestionando todo el saber acumulado con anterioridad en las diversas

edades del hombre. Con este tipo de intuición, Schelling pretendía captar de una manera un tanto mística los principios de la realidad. Prosiguiendo con Schopenhauer, el centro de su filosofía será el pesimismo y esto:

Le permitirá fundar, justamente, el nuevo tipo de apologética [...] la consecuencia que entraña esta filosofía, la de que el hombre debe abstenerse de toda actuación social- que se nos presenta como algo carente de sentido- y muy especialmente de todo intento de cambiar la sociedad. (Lukács, 1959, p 167).

Así pues, este pesimismo no es sino “una justificación filosófica de la carencia de sentido de toda actuación política” (Lukács, 1959, p 168). Que duda cabe que esta idea tuvo consecuencias nefastas a medida que se fue expandiendo por las diferentes corrientes filosóficas así como en diversos autores. Por otra parte, el mundo interior es para Schopenhauer un escape del mundo exterior, donde el dolor y el sufrimiento abundan. Es en nuestro interior, en el conocimiento de nosotros mismos, cuando conocemos la esencia del yo y el mundo: La Voluntad. La Voluntad es la verdadera realidad y esencia de todas las cosas percibidas en el mundo sensible y es irracional por definición. La facultad intelectual está completamente subordinada a la Voluntad, perdiendo la razón de partida el combate contra la irracionalidad de la Voluntad. Se produce la negación de la voluntad de vivir, que viene a significar una total indiferencia por los acontecimientos que suceden en el mundo y por el conjunto de los seres humanos: “queda en pie, por tanto, solamente el individuo aislado en medio de un mundo sin sentido” (Lukács, 1959, p 200).

Si hay algún filósofo que pueda ser considerado como heredero de Schopenhauer ese sin duda es Nietzsche, que dio al irracionalismo un empujón considerable para su consolidación: conceptos como voluntad de poder o transmutación de los valores ayudaran significativamente a este menester. Existe una clara aversión por parte del autor alemán a todo lo que sea sistema, atacando inmisericordemente -un vez más- todo aquello que esté construido en base a la razón. En el aspecto político, Nietzsche exigirá a Bismarck una ruptura ante cualquier actitud democrática ya que no le satisface en absoluto la representación popular, pretendiendo que sean los grandes intereses los que sean representados. Igualmente abogará por un Estado militar que emprenderá guerras

para poder realizar una política grande siendo ese Estado el que albergará al tipo superior de hombre que proclama en sus obras. Ese hombre superior enroca claramente con el aspecto ético de Nietzsche. Los nuevos hombres serán educados en una ética basada en la subversión de los valores: lo que prima ahora es la liberación de los instintos ya que la filosofía, la antigua moral o la religión no han hecho sino reprimirlos. Por supuesto sus ataques más feroces serán dirigidos hacia la moral cristiana por haber sido la moral reinante durante siglos y que tan solo ha traído decadencia y debilidad. Será gracias a la voluntad de poder que el hombre logrará satisfacer sus deseos más profundos, presentándose al mundo fuerte y poderoso ocupando el sitio que le corresponde. Este hombre superior guiado por dicha voluntad de poder será un hombre libre al fin, exento de debilidad y de esclavitud.

Las filosofías de Schopenhauer y Nietzsche influyeron decisivamente en la filosofía de la vida. Esta se convirtió en la ideología predominante de Alemania en el periodo imperialista y su concepción del mundo tratará de “revocar en un sentido irracionalista el progreso objetivo” (Lukács, 1959, p 331). Dicha concepción estará basada en “la corrosión de la confianza en la razón y el entendimiento [...] en un actitud crédula ante el irracionalismo, el mito y la mística” (Lukács, 1959, p 335). Filósofos como Dilthey y neorrománticos irracionalistas como Bergson o Spengler se encargaron de esparcir dicha filosofía, estableciendo una atmósfera apropiada para la aparición del fascismo.

4.4. ¿Romanticismo y nazismo?

El nazismo hizo suyos aspectos de tradición romántica como “las ideas sobre el pueblo y la cultura popular, representaciones románticas del organismo en relación con el Estado y la sociedad, y las interpretaciones románticas de los mitos de un Görres y un Creuzer” (Safransky, 2012, p 316). Sin embargo, lo cierto es que el humanismo que desprendían muchos autores románticos así como una concepción del pueblo como algo lingüístico, hacía imposible la exigencia nazi de una fundamentación biológica y racial del mismo: esta fundamentación hubiera sonado extraña y obscena a los ojos de los

románticos. La naturaleza interior de los románticos era un “estado de recogimiento”, pasivo, mientras que los nazis harían de él algo activo y organizado. Igualmente desfiguran la idea de Novalis de defender y restaurar un Imperio cristiano de la nación alemana: se adueñaron de la idea de crear un nuevo Imperio sí, pero germánico. El mismísimo Heinrich Himmler, gran conocedor y admirador de la mitología germánica, sabía perfectamente que al germanismo romántico le faltaba el feroz biologismo y el racismo del que se nutría la ideología nazi. Goebbels, que siempre vió al Romanticismo como una herencia cultural alemana, acuñará el término “romanticismo de acero” donde reclamaba:

Un Romanticismo que no se esconde ante las durezas de la existencia y no intenta escapar a lejanías azules, un Romanticismo que tiene el valor de enfrentarse a los problemas y de mirarles a los ojos sin compasión, con firmeza y sin vacilar. (Safransky, 2012, p 319)

Los nazis no vivían añorando tiempos pasados sino más bien querían dotar a Alemania de los suficientes recursos técnicos así como de una industria pesada para estar preparados para la guerra: no había espacio para una bucólica existencia basada en el retorno a la agricultura o para los tintes místicos que los románticos alemanes pregonaban. Las fuerzas de trabajo o los mercados de consumo son componentes de una sociedad que avanza a pasos agigantados hacia una industrialización si precedentes en su historia.

La política de Hitler, basada en la locura, el odio, el racismo y el antisemitismo, no procede del Romanticismo. Si los genios románticos supieron crear sus propios mundos y diversas concepciones de este, nada tienen que ver estas ideas con la visión del nacionalsocialismo. Si se ha de establecer algún paralelismo entre el Romanticismo y el nazismo, debemos acudir a una figura de pesadilla romántica: Hitler desde luego sería el anti Sigfrido, el mago malvado que hechizó a la sociedad alemana con un sortilegio destructor que hizo posible que el peor de los sueños románticos se hiciera realidad.

5. EL PROBLEMA DE LA ÉTICA Y EL MAL

Si bien hemos analizado los orígenes filosófico políticos de los totalitarismo así como las raíces románticas e irracionistas del nazismo, nos corresponde hacer una parada pertinente en el problema de la ética suscitado ante la falta de todo escrúpulo moral bajo el gobierno hitleriano: ¿Cómo fue esto posible? ¿en qué medida ayudó esta ausencia de empatía humana para que se extendiera el mal totalitario? De nuevo será la excepcional pensadora judía quien nos de las claves para entender este enigma con su tesis de la banalidad del mal. Igualmente examinaremos las ideas de Jaspers o Benjamin entre otros que nos darán las claves para explicar el abismo ético que se produjo en el Tercer Reich.

5.1. La responsabilidad filosófica: “Los avisadores del fuego”

¿Dónde estaba la filosofía cuando todo este horror sucedió? ¿Acaso no supieron leer los filósofos los signos de su tiempo y anticiparse al terror venidero? Con el término “avisador del fuego”, Reyes Mate en su libro *La filosofía después del Holocausto* se refiere a “una expresión benjaminiana con la que se designa a quienes avisan de catástrofes inminentes para impedir que se cumplan” (Mate, 2008, p 77). Los autores F. Rosenzweig, F. Kafka y W. Benjamin serán quienes vaticinen en sus ideas la barbarie humana que iba a producirse. Rosenzweig planta cara al Idealismo alemán: “para el idealismo una muerte individual no es nada, una muerte, pues, anónima que en sí misma carece de sentido y de significación” (Mate, 2008, p 81). Desde luego si una filosofía no se alerta ante la muerte sino que más bien coquetea con ella, no puede ser una filosofía válida: al aceptar la muerte individual sin ningún eco de lucha, estaremos a un paso de la justificación de los crímenes políticos. Otro punto importante será su crítica al nacionalismo moderno: para Rosenzweig este nacionalismo no representa un liso “amor a la patria” sino que “es la conciencia de que su comunidad de pertenencia está llamada a jugar una misión fundamental en la historia” (Mate, 2008, p 83). Podríamos estar hablando de un nacionalismo mesiánico, aspecto reivindicado para la nación alemana como pueblo elegido por Fichte. Igualmente este nacionalismo ve la guerra como algo

santo donde “lo que se juega es la identidad de la comunidad, que es la que abastece de sentido al individuo: Uno se salva sacrificándose por la comunidad” (Mate, 2008, p 84). Walter Benjamin trata de ver el mundo con los ojos de las víctimas, que son las grandes olvidadas de la Historia y hará hincapié en “en el desprecio del Idealismo por el hombre concreto” (Mate, 2008, pp 86-87). La política se encuentra insertada en una visión progresista de la historia, donde el mañana siempre será mejor que el hoy y que el ayer. Aún produciéndose bajas en el camino poco importarán ya que serán el precio a pagar para que dicho progreso se produzca. Benjamin se mostrará muy en contra de esta última idea:

Los vencidos por la marcha triunfal de la historia, los frustrados en sus esperanzas y aspiraciones, los ofendidos y humillados por los baremos valorativos impuestos por el vencedor ¿son solo un accidente en el camino o la sombra que acompaña necesariamente al caminar? (Mate, 2008, p 88).

Para el filósofo alemán esta filosofía de la historia se aleja de la pretensión de universalidad que se le supone. Será necesario llegar a un concepto de historia donde todo el mundo esté incluido, incluso los oprimidos y esto se logrará viendo la historia con los ojos de las víctimas ya que:

No supone, pues, sacrificar el progreso, sino darle una interpretación monadológica, esto es, reconocer a cada individuo su derecho irrenunciable a la felicidad o, como diría Adorno, escoger entre colocar el progreso como horizonte de la humanidad o a la humanidad como horizonte del progreso. (Mate, 2008, p 90)

Para Kafka, su tema de reflexión será el poder. En *El proceso*, podemos sentir la angustia de la soledad, el miedo, y la indiferencia. El protagonista será ejecutado sin saber que causa le llevó al tribunal, engullido en un proceso judicial sin lógica alguna lo que nos llevará a establecer un claro paralelismo con lo que sucederá en la Alemania nazi unos años más tarde. Ante el poder y la ley no vale ninguna prueba de inocencia ya que dictarán la misma injusta sentencia pese a que el acusado no haya cometido delito alguno. Y es que el autor judío:

Descubre que la mitificación del derecho enmascara la eliminación de toda garantía. Descubre que la mitificación de la Humanidad enmascara la animalización del ser humano. Descubre que la mitificación de la técnica enmascara la mecanización de la muerte. Kafka presenta una sociedad inequívocamente europea avanzada, en que el ser humano (...) es reducido a mera ocasión de expresión de poder. Una sociedad en que la vida del hombre sólo tiene el valor potencial de su sacrificio. (Mate, 2008, p 104)

5.2. El problema de la Obediencia

La obediencia ha sido objeto de estudio por parte de numerosos intelectuales de diversas disciplinas a la hora de explicar el acatamiento acrítico de las doctrinas nazis. Desde la filosofía o la psicología se ha intentado dar una explicación plausible que explicara la ausencia de rebeldía ante a todas luces una injusta e inhumana doctrina. Tanto T. Adorno como M. Horkheimer se dedicaron al estudio de la psicología fascista, contribuyendo sobremanera a la hora de entender la mente de los dirigentes nacionalsocialistas. En *La personalidad autoritaria*, Adorno muestra como un rasgo fundamental de dicha personalidad la falta de actitud crítica hacia lo que la autoridad mandaba. Piensa en términos de blanco y negro, aceptando rígidamente los valores convencionales y las características inmutables (como la raza) frente a las características sociales. Ese pensamiento rígido y de conducta conllevará el ejercicio de una violencia extrema para aquellos que transgredan las normas dictadas. El castigo al que eran sometidos aquellos que las infringían eran absolutamente desproporcionados, y ejercen un papel importante en la psique del individuo con personalidad autoritaria. Asimismo existe un odio hacia lo débil y lo diferente, que se combaten igualmente con violencia. M. Horkheimer recoge por su parte en el artículo *La Familia y el Autoritarismo* que las personas de mentalidad fascista tenían una visión idealizada de sus padres, al igual que presentan una imagen de sus progenitores convencional: el padre es lejano, rígido y justo, mientras que la madre goza de buen aspecto externo y es sensible. Como el mismo autor alemán recoge:

La glorificación abstracta de la familia se ve completada por una ausencia casi total de vínculos emocionales concretos, positivos o negativos, con los padres. En

consecuencia, la vida emocional del temperamento autoritario se caracteriza por una serie de rasgos de superficialidad y de frialdad que se parecen a menudo a los fenómenos observados entre algunos psicópatas. Entre estos rasgos destaca el desprecio general a la piedad [...]. (Horkheimer, 1970, pp 188-89)

Hitler o Himmler (entre otros) recibieron este tipo de educación y presentaban este tipo de personalidad. Hay que recordar que “a medida que la familia deja de ejercer una autoridad específica sobre sus miembros, se ha convertido en terreno de entrenamiento, de ejercicio para la autoridad en sí” (Horkheimer, 1970, p 184). Aunque los miembros de la unidad familiar sigan bajo la sumisión al pater familias se contribuye a potenciar un espíritu de agresividad más que a fomentar los intereses de dicha familia. La familia moderna produce los objetos ideales de la integración totalitaria de la siguiente manera: aunque el niño profesa los mismos sentimientos de amor y odio que en épocas anteriores, pronto descubrirá que el padre no es la figura poderosa que pensaba. La debilidad del padre hará que el niño no se identifique plenamente con él y busque un padre más fuerte y poderoso, encontrándolo en el fascismo. Curiosamente los individuos con tendencias fascistas o altamente sensibles a la propaganda fascista presentan una identificación rígida con la familia pero al mismo tiempo:

Se comprueba la adulteración básica de la familia, en la medida en que los individuos de mentalidad fascista no sienten, en el fondo, ninguna vinculación auténtica con los padres, a quienes aceptan en modo convencional y externo. Esta configuración de la sumisión y de la frialdad es lo que mayormente define el potencial fascista de nuestra época (Horkheimer, 1970, p 187).

En el caso del totalitarismo alemán, se produjo el intento de eliminar la familia como “intermediario casi superfluo entre el Estado totalitario y los átomos sociales” (Horkheimer, 1970, p 184). Aunque en el plano ideológico exaltaban la familia (recordemos la importancia de la “sangre” para los nazis: la familia se convertiría en una institución indispensable para producir alemanes “de pura raza”) no menos cierto es que en realidad la veían como un refugio contra la sociedad de masas y por tanto la atacaban.

En julio de 1961, tres meses después de que Adolf Eichmann fuera ejecutado, Stanley Milgram inició una serie de experimentos con el objetivo de responder a la siguiente pregunta: ¿podría ser que Eichmann (y los demás *Eichmanns* del nazismo) tan solo se dedicaran a cumplir órdenes por una disposición humana natural? Recordemos brevemente como Hannah Arendt en su maravilloso libro *Eichmann en Jerusalem* (y del cual hablaremos más adelante) establece que Eichmann, teniente coronel de las SS y encargado de la organización de la logística de transportes de presos judíos hacia campos de exterminio, no mostraba ningún signo de maldad o trastorno mental ante tamaña fechoría, sino que se limitaba al estricto cumplimiento de su deber, cumpliendo con escrupulosidad y rigor las órdenes de sus superiores. Milgram cree efectivamente que esa disposición humana a obedecer es real atendiendo a los resultados de su experimento ya que “la extrema buena voluntad de los adultos de aceptar casi cualquier requerimiento ordenado por la autoridad constituye el principal descubrimiento del estudio” (Milgram, 1980, p 14). El experimento consistía en lo siguiente: voluntarios (sin saber que estaban realizando un estudio sobre la obediencia a la autoridad) accionarían el dispositivo para ejecutar descargas eléctricas a otro individuo (tales descargas en el fondo no se llevarían a cabo, y la persona que recibía las descargas era un actor), siendo ordenados seguir accionando dicho dispositivo tantas veces como la “autoridad” dispusiera. Los resultados fueron más que sorprendentes y es que en una gran mayoría, pese a ver al individuo siendo electrocutado cada vez con un mayor número de voltios y sufrir por ello, no mostraron reticencia alguna cuestionarse las órdenes de la autoridad, que les animaba a seguir aplicando las descargas y es que “las personas más corrientes, por el mero hecho de realizar la tareas que le son encomendadas, y sin hostilidad particular alguna de su parte, pueden convertirse en agentes de un proceso terriblemente destructivo” (Milgram, 1980, p 19). Según este experimento, existe una voluntad humana que tiende a obedecer incluso las órdenes más terribles. Los inquietantes resultados del experimento de Milgram parecen apuntar a una clara tendencia humana a obedecer a la autoridad de manera completamente acrítica, aún cuando estas órdenes sean terribles. Claramente podemos encontrar en este experimento explicaciones a lo sucedido en la Alemania nazi.

Que las atrocidades nazis fueron algo no visto hasta entonces a lo largo de la historia de la humanidad, es algo que todos los historiadores admiten: la máquina nacionalsocialista trabajó para despojar la dignidad y el estatus humano a cada una de las personas que recluían en los campos de exterminio (utilizando métodos como el emplear camiones de ganado para transportar a las víctimas, animalizándolas, o empleando programas de eutanasia para enfermos mentales). La continua humillación sufrida por los prisioneros, la risa o el desprecio más absoluto por parte de los captores era el pan nuestro de cada día. Sin duda, debe de existir una pérdida de moralidad flagrante para que esto ocurra. Parece claro que:

Los tranquilos funcionarios que participaron en ello han de haber sido educados en una identidad moral no nazi, que incluía el sentido de no ser un asesino de masas. Pero esto fue superado: la vieja identidad fue erosionada y se creó una nueva. Se aplicó a la inversa la opinión de Aristóteles, según la cual las virtudes se cultivaban mediante la construcción de un hábito de acciones virtuosas. El sentido de no ser el tipo de persona incapaz de cometer atrocidades fue paulatinamente erosionado por el hábito de la participación. (Glover, 2001, p 478)

El sufrimiento moral de los que participaron de las aberraciones nazis siendo fruto de esa “vieja identidad moral” debió de ser grande, recurriendo a la evasión de cualquier tipo de responsabilidad por la división del trabajo al que estaban sometidos o a la pura negación de los hechos (realmente no aceptas la realidad de lo que sucede). La nueva moral que aspiraban los nazis a instaurar estaba basada en el deber y en la obediencia, tal y como rezaba el lema de las SS *Meine Ehre heisst Treue* (mi honor es mi lealtad). Precisamente:

Cuanto más horribles eran los actos efectuados por las SS, tanto más heroicas podían considerarse a sí mismas, pues mantenían su pureza moral al tiempo que debían superar la repulsión por las atrocidades que el cumplimiento de su deber las forzaba a cometer. (Glover, 2001, p 490)

Parece claro que el sentido del deber y de la obediencia que astutamente los nazis asentaron en la base la nueva moral que quería imponer jugó un destacado papel a la

hora de permitir que las brutales acciones ordenadas por los jefes nacionalsocialistas fueran cumplidas escrupulosamente y con celeridad, contribuyendo con ello a propagar el reino de terror en que se había convertido Alemania.

5.3. La Tesis Eichmann o la Banalidad del Mal

“Inocente en el sentido en que se formula la acusación” (Arendt, 2009, p 39). Con esta frase, Adolf Eichmann, teniente coronel de las SS y responsable de la organización de los transportes que conducían a los judíos a los campos de concentración, respondió al Tribunal que le juzgaba por crímenes contra la Humanidad. Hannah Arendt hace un lúcido tratamiento sobre la maldad en *Eichmann en Jerusalem*. Los actos atribuidos a Eichmann pueden ser achacados a locura, pura maldad o monstruosidad pero nada más lejos de la realidad. Sin duda alguna, dentro de los jefes nazis podemos encontrar ejemplos de seres depravados como pueden ser Himmler, Heydrich, Frank o por supuesto el mismísimo Hitler, pero Eichmann pertenece a la clase de personas que colaboraron con el “mal” del régimen nazi pero no tenían la sensación de pertenecer a ese “mal” del que estaban siendo partícipes. No era una persona sádica y perversa y es definido por los psiquiatras que le evaluaron como una persona “normal”. ¿A qué tipo de personas representa Eichmann? Para Arendt, el mal es una banalidad, un dejarse llevar: el mal es la consecuencia de la desidia de las mentes no críticas. Una persona que no piense, que no razone, que no someta a una reflexión profunda cualquier tipo de ideología, de pensamiento impuesto desde el exterior contribuirá en efecto a que este mal se propague, sin tener la necesidad de ser una persona maligna necesariamente. Arendt nos presenta a Eichman como un concienzudo y meticuloso trabajador, preocupado por cumplir su labor al milímetro aún cuando esta labor ayuda a la ejecución de millones de personas y cuyos rasgos más sobresalientes son: “su carencia de motivos salvo la diligencia extraordinaria en orden a su personal progreso, no saber jamás lo que se hacía, falta de imaginación, incapacidad para hablar, incapacidad para pensar, aceptación del autoengaño y de las mentiras” (Prior Olmos, 2009, pp 22- 23). Para Eichmann, su inocencia se basa en el cumplimiento de su deber, en el

cumplimiento de las órdenes dadas por sus superiores: “dejó bien sentado que hubiera matado a su propio padre, si se lo hubieran ordenado” (Arendt, 2009, p 41). Eichmann siempre había guardado fielmente las leyes y en su conciencia pesaba más que no hubiese cumplido las órdenes recibidas que la naturaleza criminal de esas órdenes.

Eichmann es pues, una persona “normal”. Tan normal que no llamó la atención en su vida para nada hasta afiliarse al partido nazi y llegar a tener el poder que tuvo. Su existencia gris y monótona y la “rectitud” de sus acciones en su vida privada (tachado de excelente padre y esposo) contrasta fuertemente con su actividad criminal. Este obediencia ciega a las normas le impide tener conciencia de la naturaleza criminal de sus actos, como toda persona “normal” en el universo nazi. Hubiera sido sencillo creer que este hombre era un monstruo y que todos sus correligionarios no hubieran sido más que un puñado de depravados morales, pero lo cierto es que no era así. Y es que “en las circunstancias imperantes del Tercer Reich, tan solo los seres excepcionales podían reaccionar normalmente” (Arendt, 2009, p 47). Efectivamente, muy pocos individuos pudieron distinguir entre el bien y el mal y estos se guiaban solamente mediante su buen juicio”, es decir, aquellos que eran capaces de dejar las normas a un lado y olvidarse de la ideología imperante y muchas de estas personas lo hacían por profundas convicciones religiosas. El resto dejaba que el Führer asumiera la responsabilidad de las órdenes dadas (como si esto fuera posible) que les eximía de pensar. La obediencia total resultó ser la mejor aliada para la propagación del mal.

Desde luego *Eichmann en Jerusalén* “no puede ser reducido al aspecto de la dimensión burocrática del totalitarismo, pues no está allí el verdadero centro de la obra, sino en el problema planteado de la responsabilidad como gran problema central planeado” (Prior Olmos, 2009, p 24). Si bien la defensa había planteado que Eichmann no era sino una pequeña ruedecita en la maquinaria del Holocausto, la acusación lo muestra como una de las piezas clave. Arendt sin embargo resta importancia a ambos puntos de vista y nos recuerda “que lo importante es que la administración de justicia transforma a las ruedas de la máquina en autores, en seres humanos” (Prior Olmos, 2009, p 26). Lo importante de *Eichmann en Jerusalén*, es que la autora muestra una serie de rasgos en cuanto a responsabilidad jurídica se refiere: “en primer lugar, la culpa

y la inocencia tienen carácter objetivo” (Prior Olmos, 2009, p 26). No vale la excusa en la que se argumenta que si Eichmann no lo hubiera hecho, alguien en su lugar lo hubiera hecho y por tanto hubiera ocasionado el mismo daño. Arendt alerta del daño que produce el no pensar, el no reflexionar sobre las obras que cada uno hace. En segundo lugar “no se acepta el argumento de la obediencia: si se obedece, se apoya” (Prior Olmos, 2009, p 26). Parece pues decisivo para refrendar la culpabilidad de Eichmann que hubiera podido no hacer lo que finalmente hizo (los nazis tenían la oportunidad de dejar sus cargos si mayores consecuencias, por lo que Eichmann bien hubiera podido negarse a cumplir esas órdenes).

El colapso moral al que se vio sometida la mayoría de la sociedad alemana y que conlleva la desaparición de los preceptos tanto morales como religiosos de la sociedad, hizo posible que las víctimas se contaran por millones a lo largo del Tercer Reich ya que “el mal pierde para los verdugos y sus cómplices la condición de tentación. El contenido de la norma cambia por completo: de no matarás a debes matar” (Prior Olmos, 2009, p 38). Esto nos lleva a la siguiente reflexión: ¿por qué algunos se doblegan hacia esa falta de moralidad y otros por el contrario no? Cabe señalar la historia del sargento alemán Anton Schmidt, que pagó con su vida el haber ayudado a escapar a más de 250 judíos y es un claro ejemplo de aquellos que no se doblegaron. Eichmann por el contrario sería un modelo para aquellos que se doblegaron. Arendt combatirá:

La idea de no poder comportarse de modo distinto; desde teorías basadas en hipótesis abstractas como el complejo de Edipo, la mentalidad de gueto, etc., se seguirá el carácter superfluo de la emisión de todo juicio y la remisión a la opinión pública, es decir, juzgar tendencias o grupos, pero no a personas concretas, pues nadie tendría derecho a juzgar al prójimo. (Prior Olmos, 2009, p 43)

También combatirá con fuerza el determinismo de la psicología y la sociología ya que en su opinión lo que buscan es paliar la responsabilidad individual. Queda claro entonces a raíz de *Eichmann en Jerusalén* que hay que volver a repensar el mal: si los mayores crímenes que se han cometido a lo largo de la humanidad han sido perpetrados por hombres corrientes, los estudios clásicos donde se estipulaba que el odio o la envidia eran los generadores del mal no establecen una explicación competente. La

absoluta disposición de la autora a comprender la dominación totalitaria que ha asolado gran parte del siglo XX le llevará a analizar tanto la política como las teorías morales y éticas. La falta de pensamiento que se traduce según la autora en la tesis de la banalidad del mal le hará recapacitar sobre la falta de reflexión filosófica en la tradición filosófica occidental acerca de la capacidad de pensar. Tan solo ve en Sócrates una figura de relevancia histórica que apoye su teoría, y es que en el *Gorgias*, el genial maestro de Platón estableció dos célebres afirmaciones: la primera es que es mejor sufrir el mal que hacerlo y la segunda que es preferible que desafine mi lira a que yo discrepe de mí mismo. Para Arendt el pensar no es algo propiamente exclusivo de filósofos y políticos, sino que atañe a todo ser humano hasta el punto de no poder una vida plena, consciente y satisfactoria si no ejercitamos la facultad de razonar y pensar, algo que, por lo visto, muchos olvidaron.

5.4. A vueltas con la culpa

Examinados el problema de la obediencia ciega, la banalidad del mal o la personalidad autoritaria queda por reflexionar sobre la culpa. Karl Jaspers se ocupará de ello en *El problema de la culpa* y es que como el autor recoge en el prólogo de dicho libro “de hecho, nosotros los alemanes estamos obligados sin excepción a abordar con claridad el asunto de nuestra culpa y extraer las consecuencias pertinentes. Nuestra dignidad humana nos obliga” (Jaspers, 2011, p 51). Distingue entre cuatro conceptos de culpa, siendo la primera la culpa criminal que consiste “en acciones demostrables objetivamente que infringen leyes inequívocas” (Jaspers, 2011, p 53). La segunda es la culpa política que “se debe a las acciones de los estadistas y de la ciudadanía de un Estado” (Jaspers, 2011, p 53). La tercera es la culpa moral que se basa en que “siempre que realizo acciones como individuo tengo [...] responsabilidad moral” (Jaspers, 2011, p 53). Por último está la culpa metafísica que podemos hallarla en la existencia de:

Una solidaridad entre hombres como tales que hace a cada uno responsable de todo el agravio y de toda la injusticia del mundo, especialmente de los crímenes que suceden en su presencia o con su consentimiento. Si no hago lo que puedo para impedirlos, soy también culpable. (Jaspers, 2011, p 54)

Las consecuencias de los cuatro tipos de culpa serán diferentes pero remitirán igualmente a subsanar los errores cometidos: a la culpa criminal se sucederá un castigo que permita al reo expiar sus crímenes, la culpa política va unida consecuentemente a la responsabilidad, que hará que se efectúe una pérdida o limitación del poder por parte de aquellos que estuvieran gobernando, la culpa moral permite el surgimiento de la conciencia y por ende del arrepentimiento mientras que la culpa metafísica “tiene como consecuencia una transformación de la conciencia de sí humana ante Dios” (Jaspers, 2011, p 57).

¿Qué culpa corresponde entonces a los alemanes? Como país derrotado en la Segunda Guerra Mundial, desde luego las potencias aliadas le atribuirán la culpa específica de todo lo ocurrido durante ese período de tiempo. Aunque desde luego no tiene la misma fuerza que la culpa moral o la metafísica, desde el punto de la culpa política, Jaspers asume que son colectivamente responsables de lo sucedido ya que “un pueblo responde por su vida política” (Jaspers, 2011, p 80). No se puede obviar que el pueblo alemán es responsable colectivamente al ser súbditos de un Estado alemán que presumía de ser Alemania cometiendo crímenes execrables. Ninguna reacción hubo hasta 1943, por lo que se considera que hasta entonces los ciudadanos fueron cómplices de su gobierno. Respecto a la culpa moral, cada alemán debe de estar a solas con su conciencia para saber como actuó en esos días. Desde luego no puede ser una justificación el haber colaborado con el régimen nazi por un sentimiento de amor a la Patria y por auto identificación con el Estado, ya que el mal que propagaban debía ser suficiente para romper ese binomio. Igualmente el autoengaño, es decir, pensar que se trataron de cambiar las cosas desde dentro de las diferentes organizaciones, tampoco puede ser una justificación, ya que esto no se produjo salvo en casos muy limitados. La inacción y la pasividad aparecen como verdaderos cómplices para que el régimen nazi cumpliera sus objetivos. La culpa metafísica es la peor de todas, y buena parte de la población careció de esa “solidaridad absoluta con el hombre en tanto que hombre” (Jaspers, 2011, p 88). A raíz de los acontecimientos que comenzaron a sucederse a partir de noviembre de 1938 con las primeras deportaciones de judíos y el asalto y quema de sinagogas que fueron derivando en una voluntad de aniquilar al pueblo judío así como a todo aquel que se opusiera al régimen de Hitler, muchos ciudadanos

alemanes se mostraron indignados. No obstante fueron mayoría quienes continuaron su actividad laboral y social como si nada malo estuviera sucediendo aunque los pocos que se atrevieron a dar un paso al frente y tratar de ayudar a sus semejantes lo hicieron gracias a la toma de conciencia de dicha culpa. Si bien puede servir de atenuantes el terrorismo de Estado que practicaban los nacionalsocialistas, la difícil situación económica y social de Alemania tras la Primera Guerra Mundial y la falta de empatía con que los países vencedores del primer conflicto bélico global actuaron sobre la derrotada Alemania, no exime totalmente lo sucedido en el país germano. El único camino posible es una purificación donde Alemania debe reparar todo lo causado por Hitler y sus secuaces, admitiendo su culpa y no señalando a los demás o escudándose en excusas para no asumir dicha culpa. La purificación “es, antes bien, un proceso interno que no tiene fin, sino que es un continuo llegar a ser uno mismo” (Jaspers, 2011, p 125). Será esta purificación la que nos hará encontrar la libertad y la solidaridad perdida, haciendo que los horrores cometidos sean difícilmente repetibles.

6. EL NAZISMO HOY Y LOS TOTALITARISMOS ACTUALES

Una vez analizado el nazismo y sus posibles causas, orígenes y consecuencias así como las diferentes visiones que de los totalitarismos han hecho diversos autores, nos queda echar un vistazo al mapa político actual y juzgar por nosotros mismos si el virus totalitario goza o no de buena salud en el mundo del s. XXI : ¿ha servido de algo el horror producido y los serios y contundentes ataques por parte de pensadores de distinta índole a lo largo de los últimos setenta años para que no se vuelvan a repetir ni los hechos ni las ideas que los fundamentan?

6.1. El neonazismo

Tras el suicidio de Hitler el 30 de abril de 1945 y la posterior rendición de Alemania al bando aliado en la Segunda Guerra Mundial el 7 de mayo de 1945, se dio por concluido el régimen nazi: Alemania quedó dividida en dos y logró reunificarse 45 años

después, el 3 de octubre de 1990. Aunque los símbolos, libros e ideología fueron prohibidos en Alemania (prohibición que sigue hasta nuestros días) la lacra nacionalsocialista sigue muy presente entre nosotros. Ya en la posguerra, el pensamiento pseudohistórico de claras simpatías nazis comenzó a cobrar fuerzas negando absolutamente el Holocausto, convirtiendo a la “Shoá” en poco más que una patraña ideada por los aliados (Paul Rassiner con *La mentira de Ulises* es considerado el iniciador de esta corriente). En diversos círculos, los negacionistas fueron sumando adeptos y su visión de la historia es aceptada mayoritariamente por parte de la extrema derecha o en diversos grupos neonazis, queriendo mostrar al nazismo como algo no tan perverso como la historia “oficial” reconoce. A lo largo de las décadas, los partidos políticos de ideología nazi y de extrema derecha posteriores a la guerra surgidos en Europa y en América, siempre han sido absolutamente minoritarios y han sido controlados por las autoridades pertinentes. En los años 80 se produce un repunte producido por el liberalismo en la economía y un giro conservador en países como EEUU o Reino Unido, que unido a la desmembración del bloque comunista hasta la disolución final de la URSS en 1989, hará que se produzca en Europa una nueva ola de neonazismo (curiosamente este movimiento tendrá cierta fuerza en antiguos países de influencia soviética). Con la llegada de la crisis del 2008 que ha asolado económicamente a buena parte del territorio europeo, los partidos neonazis han tomado nuevos impulsos. Amanecer Dorado en Grecia consiguió entrar en el parlamento griego en 2012 con el 7 por ciento de los votos, siendo considerado uno de los partidos neonazis más populares. El NPD alemán ha conseguido en las últimas elecciones europeas del pasado 25 de mayo nada más y nada menos que un europarlamentario. Al igual que en 1933 cuando los nazis llegaron al poder, la ola de insatisfacción, crispación social y descontento en los diversos países europeos producidas como hemos dicho por la crisis del 2008, alimenta la ideología neonazi, que se nutre del odio y de la negatividad. Tampoco podemos olvidarnos del racismo y darwinismo social, cuyas banderas enarbolan con orgullo. Si los viejos nazis vieron a los judíos como el enemigo que hay que eliminar, los nuevos harán más hincapié en las minorías que abundan ahora en Europa, como pueden ser los norafricanos musulmanes o los subsaharianos. Al llegar a este punto del análisis, cualquier persona que no conozca bien la historia de la llegada de Hitler al poder podría pensar como posibilidad remota un posible ascenso de los

neonazis al poder: recordemos que antes de llegar a ser nombrado Canciller del Reich, Hitler y sus acólitos fueron tildados como poco más que bufones extravagantes por una buena parte de los intelectuales alemanes de la época. Nadie podría haber esperado que este pequeño partido de extrema derecha fuera ascendiendo escaños paulatinamente hasta lograr por fin formar gobierno con Hitler a la cabeza del mismo. El minusvalorar y despreciar a la hidra de siete cabezas que era el NSDAP, hizo más fuerte al propio partido ya que nadie le combatió en serio desde sus inicios. El mismo paralelismo bien podría establecerse en nuestros días.

6.2. Los totalitarismos hoy

El hecho de que la Unión Soviética fuera una de las potencias ganadoras de la Segunda Guerra Mundial, resulta crucial para la expansión del comunismo a lo largo y ancho del mundo. La rama nacionalsocialista totalitaria quedó cortada de raíz tras la derrota de Alemania en 1945. Si observamos un vistazo al mapa político de hoy, los dos países totalitarios que sobresalen son de clara inspiración comunista: China y Corea del Norte.

El caso de China es claro: aunque los fundamentos totalitarios del régimen chino son bastante evidentes, hay diversos intelectuales que apuntan a que la China actual está en tránsito de salirse de la vereda totalitarista. En China podemos distinguir claramente la ideología única y el monopolio político. Igualmente “asegura su poder sobre la sociedad gracias a otros tres monopolios: de la coerción, de la comunicación masiva y de la organización económica” (Domenach, 1991, p 208). La revolución cultural llevada a cabo por Mao en 1966 junto con las pertinentes purgas, supusieron una radicalización de la revolución china, sembrando el terror en la sociedad. Tras la muerte de Mao, el ala pro capitalista del partido llegó al poder, convirtiéndose Deng Xiaoping en presidente. Cuando este último llegó al poder, no rompió con la ortodoxia marxista pero sí con el maoísmo. Tanto el ejército como el partido fueron sometidos a una depuración para afianzar lealtades, es decir, que mantuvo sus fundamentos totalitarios, ya que existe “una imposibilidad de toda alternancia política [...] y esta imposibilidad se explica por

factores políticos y policíacos, pero también por el clima psicológico e ideológico que engendran” (Domenach, 1991, p 214). Aunque los sucesos de la plaza de Tiananmen supusieron nuevas purgas y arrestos, la sociedad sufrió una brecha entre quienes apoyaron las revueltas y los que no, fracturándose en parte la adhesión al partido. Hoy en día, China sigue presa de esa base totalitaria apoyada como hemos visto en el partido único y en la ideología oficial, aunque bien es cierto que su política económica ha sufrido un giro capitalista. Aún tendremos que esperar para que el giro democrático tan esperado se produzca.

El caso de Corea del Norte es sin duda el más sangrante. Corea fue dividida en 1948 a lo largo del paralelo 38, siendo la parte norte para los soviéticos y la sur para los estadounidenses. Con una población de apenas 24 millones de habitantes, posee un ejército de 1.200.000 hombres. El clima pre bélico en el que vive instaurado es constante. Se practica una adoración que roza en lo religioso a su líder, Kim Yong-un y es a menudo definida como una “monarquía socialista”, donde el joven líder norcoreano ostenta el máximo poder tras la muerte de su padre, Kim Yong-il, el *querido líder*. Los dos grandes pilares del país –junto con el líder- son el ejército y Frente Democrático para la reunificación de la Patria. Este frente popular aglutina los tres partidos del país: el Partido del Trabajo de Corea (PTC), el Partido Social Demócrata de Corea y el Partido Chondoísta Chondg-U. El estado policial y un imponente aparato burocrático, conforman el estado totalitario más perfecto que existe hoy en día sobre la faz de la Tierra.

De acuerdo con Jean François Bayart y Jean Leca, se puede lanzar una hipótesis totalitaria tanto en el África Negra como en los países Árabes- Islámicos. Aunque en muchos países africanos elementos como el tribalismo, la etnicidad o la religión son la argamasa real que cohesiona la sociedad y la política, no podemos olvidarnos de los partidos políticos: nos encontramos con un África pos colonial a modo de puzzle “de regímenes de partidos únicos tentaculares, disponiendo del monopolio de la función política y encuadrando las diferentes caras de la sociedad por el sesgo de organismos especializados anexos” (Bayart, 1991, p 229). Sin embargo debemos matizar la anterior afirmación ya que quienes ejercen ese control lo ejercen desde una mínima capacidad y

el pueblo sometido mostró siempre una actitud de distancia con el poder, conservando un espacio crítico. Tampoco ayuda a la idea totalitaria de monopolio informativo del Estado el hecho de que existan diversos canales de información alternativos entre las clases populares y la élite social. Realmente a la hora de querer establecer un mapa político del África negra nos quedaríamos con un amplio registro de Estados de Derecho como Senegal o Camerún que presentan cierto grado de autoritarismo, pero que no podemos decir que sean totalitarios en absoluto. Los regímenes del mariscal Mobutu en Zaire y del general Eyadema en Togo aunque a priori pudieran ser considerados totalitarios “el desgaste político y económico de esos regímenes es tal que no pueden impedir el distanciamiento de los grupos sociales subordinados o las manifestaciones de la oposición” (Bayart, 1991, p 242). El Zaire pasó a denominarse República Democrática del Congo a partir de 1997 tras la caída del dictador Mobutu y su desarrollo político no ha alcanzado cotas muy altas. Desde las elecciones presidenciales de 2006 está gobernado por Joseph Kabila, hijo de Laurent Desiré Kabila, líder guerrillero que depuso a Mobutu alzándose él con el poder hasta 2001, fecha de su asesinato. En Togo gobierna el hijo de Eyadema, Faure Gnassingbé.

En cuanto a los países Árabes – Islámicos, aunque ciertamente podemos hablar de monarquías absolutas como Arabia Saudí o Catar, y de estados teocéntricos, hablar de totalitarismos sería un tanto desmedido. El conservadurismo religioso hace que en buena medida se vea al occidental, al *infidel*, como alguien inferior que no cumple los preceptos de Mahoma pero salvo cédulas islamistas radicales, no presenta un problema per se. Algunos estudiosos han tratado de establecer un paralelismo entre el Islam y el totalitarismo basado en “el unitarismo, desprecio del Estado del derecho, sentido de una historia dada y no contingente, adecuación obligatoria de la vida privada con la vida pública, etc. [...]” (Leca, 1991, p 250). Hay que aclarar que los fundamentalistas islámicos si que presentan una ideología totalitaria tanto en su organización como en su proyecto político pero el éxito del mismo en algunos países se debe” a los efectos de una modernización no equilibrada y a la crisis de la sociedad tradicional confrontada a problemas muy vastos para la conciencia de sus miembros [...] es, pues, un movimiento de reacción” (Leca, 1991, p 251). El conservadurismo religioso tiene una visión donde “el mundo es un vehículo de Dios, y el Estado una teocracia” (Leca, 1991, p 264). Este

concepto teocrático del Estado choca contra un Islam secular que pretende el establecimiento de una democracia verdadera.

7. CONCLUSIONES

Aun habiendo tratando de analizar el esquema del nacionalsocialismo, sus antecedentes, sus bases y su ideología, sigue siendo prácticamente inaceptable desde el punto de vista de la razón asimilar sus tristes consecuencias. La enfermedad totalitaria fue la oscura protagonista de buena parte del s. XX y el imperio de la deshumanización dejó una huella imborrable en el corazón de la humanidad. Ante ella la receta está clara: democracia. A más nivel de verdadera libertad, pluralidad y concordia, el veneno totalitario decrecerá. Por supuesto que la democracia tampoco es perfecta y en su nombre también se cometen injusticias pero desde luego siempre será preferible a cualquier gobierno totalitario. Corresponde a la figura de Arendt, apátrida y desprovista de derechos políticos hasta 1951 el mirar a los ojos del terror y desvelar el funcionamiento de esta barbarie. El núcleo de la dominación totalitaria radica simplemente en reducir a los hombres en seres superfluos ya que una vez que los seres humanos se han vuelto prescindibles, todo es posible. La eliminación de millones de seres humanos no es pues la esencia del totalitarismo, sino más bien su consecuencia lógica. A lo largo de la historia de la humanidad se han producido matanzas, asesinatos y grandes atrocidades pero la muerte producida en las cámaras de gas no es sino la expresión de ese individuo superfluo, ya que ha sido desposeído de su propia humanidad, siendo un cadáver andante que ha muerto antes de su muerte biológica. Esta dominación total que pretendía la modificación de la naturaleza humana no llegó a completarse del todo pero que duda cabe que consiguió parcialmente cambiar para siempre la naturaleza de los supervivientes, que jamás consiguieron volver a recuperar su condición pasada. El sólido compromiso de Arendt con la memoria de las víctimas, su propia naturaleza de superviviente y el recuerdo del horror mostrado durante toda su vida han convertido a Arendt en símbolo y ejemplo de intelectual involucrado a partes iguales con sus ideas y con sus vivencias personales. La tesis del mal radical que es

disecionada en *Los Orígenes del Totalitarismo* muestra un mal que “tiene densidad entitativa propia y no puede ser limitado a mera privación del bien. Este mal que no es pura negatividad o ausencia es el mal radical, un mal ontológicamente fuerte y denso, definido por sí mismo sin relación a nada más que a sus propios límites” (Antich, 1994, p 77). Este mal radical apuesta por la eliminación de la vida de una manera que nunca se había visto con anterioridad, deshumanizando hasta límites extremos al ser humano y deshaciéndose de los despojos vivientes hasta convertirlos en cenizas. Realmente lo que Arendt nos ofrece es una visión del totalitarismo donde lo único imprescindible es el sistema en sí, dejando posibles acciones y reflexiones a título individual como algo meramente superfluo: es una quimera hablar de individualidades cuando lo único que cuenta es el sistema. Es por esto que los campos de concentración y de exterminio se convirtieron en auténticos laboratorios donde los seres humanos ingresados ejercían de conejillos de indias para ejercer la dominación total, auténtico objetivo final del totalitarismo. Las dimensiones de esta dominación total tenían pretensiones universales y se pretendía convertir el mundo en un gigantesco campo de concentración. Este mal radical “está más allá de todos los límites de comprensión racional y que, por ello, supera toda categoría moral” (Antich, 1994, p 80). Si la tesis del mal radical nos presenta un mal con un componente perverso en la naturaleza humana, la tesis de la banalidad del mal por el contrario nos muestra un análisis de cómo el fenómeno totalitario puede propagarse gracias a la ausencia de pensamiento crítico. Eichmann no es un genio del mal de naturaleza cruel y violenta tal y como sus acusadores denunciaban, sino una persona normal, con sus capacidades intelectuales y psicológicas intactas. Es esta normalidad lo que le hace más perturbador, ya que constituye un claro ejemplo de lo sucedido con otros nazis: su absoluta incapacidad para pensar desde el punto de vista del otro y por sí mismo y su falta de sentido de la realidad harán que Arendt cambie de punto de vista sobre la tesis del mal radical: la ausencia de pensamiento hace que no se dé cuenta que está obrando el mal, convirtiéndole en un tullido moral y por ende en alguien incapaz de distinguir entre el bien y el mal. Si el mal radical apunta a una inevitabilidad, el mal banal abre la puerta a criticarlo y a combatirlo ejerciendo la facultad que distingue al hombre de los animales: la facultad de pensar. El fascismo supone la destrucción de lo político como tal, ya que su tendencia a la uniformidad y a suprimir cualquier rasgo de pluralidad humana no le permite dar

opción al establecimiento de un verdadero sistema político, por muy tóxico que este fuera. Precisamente es en esa pluralidad donde Arendt edifica su ideal político, que siempre tiene a la libertad en el horizonte. Para la filósofa judía:

La comunidad surgida en los campos supone la negación de la relación intersubjetiva y de la acción propiamente humana, puesto que, en la medida que el hombre es capaz de acción y que cada hombre es único e irrepetible, cabe esperar de él lo inesperado, lo imprevisible, lo espontáneo; la acción, en este sentido, corresponde al hecho primario de la distinción, tan consubstancial al ser humano que no puede ser eliminada sin que la naturaleza humana se resienta. Es por ello que la pluralidad resulta intolerable al régimen totalitario y debe ser extinguida. (Antich, 1994, p 88)

Huelga decir que el espacio público es imposible dentro de un sistema totalitario ya que este no permite ningún tipo de pluralidad como hemos visto y presenta claras tendencias hacia la uniformidad. Tanto en las obras *Sobre la revolución* como en *La Condición Humana*, Arendt desarrolla una concepción de la política conectada con la acción y la responsabilidad. La pertenencia activa o política hará que estos ciudadanos tengan una responsabilidad a la hora de actuar y de cambiar el mundo que comparten en común y les llevará a “una actividad constructora del mundo como forma de reconciliación” (Prior Olmos, 2009, p 46).

A lo largo del trabajo hemos analizado también el Romanticismo como movimiento que influyó decisivamente a la hora del surgimiento de ciertas “proto-ideas” que fueron la antesala del nacionalsocialismo. Cabalgando a lomos del Irracionalismo podemos tender puentes entre la destrucción de la razón que comenzó a darse en ciertos círculos románticos y el darwismo social o el racismo. Precisamente al hilo de esa destrucción de la razón quizás podamos empezar a comprender los fantasmas del no pensar críticamente donde tanto énfasis puso Arendt. Imbuidos en un ciclón de pasión e irracionalismo, los primeros románticos ayudaron a esparcir la simiente de lo caótico y lo siniestro sin ser verdaderamente culpables de ello. Su movimiento literario y artístico que pretendía reconciliar al ser humano con su propia naturaleza de sentimientos y que nos ofrece sin duda algunas de las más bellas páginas jamás escritas en idioma alemán, tomo tal fuerza y potencia que saltó a la política, degenerando en ideas absurdas y

deformes que fueron calando poco a poco en la sociedad, evolucionando con la lógica de los tiempos. Como hemos dicho con anterioridad, esta falta de pensamiento crítico se convierte en el cómplice perfecto del totalitarismo en una doble vertiente: en primer lugar la criminalización que se hace de la razón por parte de los románticos alemanes por contrapunto a la Ilustración y Francia, permite a la sinrazón nacer y germinar. Es desde luego muy aventurado y caeríamos en el plano de la “filosofía-ficción” decir que se hubiera podido producir un aborto en el momento de gestación de estas ideas de no haberse despreciado a la razón como se hizo pero es de sentido común suponer que al menos hubieran sido pergeñadas de una diversa forma o que al menos la “policía de la razón” hubiera actuado más pronto que tarde para llamar al orden ante la dimensión que ciertos pensamientos comenzaban a tener. Por otra parte, y dentro ya del campo ético, esa anulación de la facultad de pensar y de la razón permitió la propagación del mal totalitario como ya hemos visto en Hannah Arendt. La ausencia de remordimiento ante el mal ocasionado y el simplemente no darse cuenta de la gran iniquidad que estaban propagando, constituyen la mejor alfombra roja al totalitarismo.

El nacionalsocialismo fue la visión de un hombre que se creía un héroe pero que en realidad fue un diablo. Los perfectos ingredientes que se dieron en aquel tiempo y en aquel lugar no constituyen desde luego algo irrepetible y es que por algo se define al hombre como “el animal que tropieza en la misma piedra dos veces”. Al analizar el mapa de los totalitarismos actuales nos hemos encontrado con que el neonazismo está en franco auge en Europa y aunque sus resultados electorales aún son muy minoritarios, no debemos perderles de vista. Debemos mantener muy viva la memoria de lo que ocurrió en Europa cuando Hitler llegó al poder. En las últimas elecciones europeas y bajo el lema “no olvides votar”, Reinard Höss, el nieto del comandante en jefe de Auschwitz, Rudolf Höss, protagonizó una campaña animando a los ciudadanos a votar a partidos democráticos y no a la extrema derecha. Es en nombre de esta memoria que debe permanecer viva y no ser “ni sacralizada ni banalizada” (Todorov, 2002, p 195) por la que este trabajo ha merecido la pena.

ANEXOS

1.Veinticinco puntos del NSDAP

«El programa del partido nacionalsocialista alemán es temporal. Reside en los jefes la facultad de trazar al partido nuevos fines, una vez que éstos sean alcanzados.

1. Pedimos la unión de todos los alemanes, a base de una democracia del pueblo que haga posible la gran Alemania.
2. Exigimos para Alemania los mismos derechos de que disfrutaban los demás pueblos, y, por tanto, anulación de los Tratados de Versalles y San Germán.
3. Exigimos campo y territorios (colonias) para la alimentación de nuestro pueblo y expansión del exceso de población.
4. Sólo podrá ser ciudadano alemán el alemán nativo, racial. Sólo se considerará alemán racial al que tenga sangre alemana, sin referencia alguna confesional. Ningún judío puede, por tanto, ser de nuestra raza.
5. Quien no sea ciudadano alemán sólo podrá vivir en Alemania a título de huésped y sometido a la ley que regule la vida de los extranjeros.
6. El derecho a influir en la orientación y en las leyes del Estado es privativo del ciudadano. Por tanto, exigimos que cualquier empleo público, sea el que sea, del Imperio, ciudad o Municipio, esté desempeñado por ciudadanos alemanes.
7. Exigimos que el Estado se comprometa a proporcionar trabajo y medios de subsistencia a los ciudadanos. Si no fuera posible la alimentación de toda la población debe expulsarse a los extranjeros.
8. Debe evitarse la inmigración de no alemanes. Exigimos que los inmigrados no alemanes desde el 2 de Agosto de 1914, sean inmediatamente expulsados del país.

9. Todos los ciudadanos deben tener los mismos derechos y obligaciones.

10. El primer deber de todo ciudadano consiste en trabajar, intelectual o físicamente. La actividad del individuo debe desenvolverse dentro de los intereses de la colectividad.

Para ello exigimos:

11. Suspensión de los ingresos que no reconozcan por origen el trabajo. No más explotación y servidumbre.

12. Teniendo en cuenta los enormes sacrificios en vidas y dinero que la guerra cuesta al pueblo, todo enriquecimiento personal debido a la guerra debe considerarse como un delito contra el pueblo.

13. Queremos la nacionalización de todos los *trust*.

14. Exigimos la participación en las grandes explotaciones.

15. Deseamos protección segura para la vejez.

16. Deseamos que se forme una clase media sana; que sean municipalizados inmediatamente todos los grandes consorcios y alquilados a bajos precios a los pequeños comerciantes, teniendo sobre todo en cuenta a los industriales que abastezcan al Estado y a los Municipios.

17. Exigimos una reforma del régimen agrario que se acomode a las necesidades nacionales; creación de una ley de expropiación de terrenos en beneficio de la colectividad. Anulación de la contribución territorial y la especulación de terrenos.

18. Exigimos lucha implacable contra aquellos que, por su actuación, perturben los intereses de la colectividad. Pena de muerte para los usureros y explotadores del pueblo.

19. Pedimos que se sustituya el Derecho romano por un Derecho colectivo alemán.

20. El Estado proporcionará medios a todos los alemanes capacitados de lograr una cultura superior y poder ocupar puestos directivos. Los planes de enseñanza de todos los

establecimientos docentes han de acomodarse a las necesidades de la vida práctica. La idea del Estado debe explicarse en la escuela a los niños al tener uso de razón. Los niños pobres capaces y aptos para el estudio deben ser auxiliados por el Estado.

21. El Estado se ocupará de modo preferente en la sanidad pública, protegiendo a las madres y niños, favoreciendo la cultura física del pueblo por medio de leyes que hagan el deporte y la gimnasia obligatorios y ayudando de un modo decidido a las sociedades y corporaciones que fomenten el desarrollo físico de la juventud.

22. Pedimos la desaparición de las tropas asalariadas, y la formación, en su lugar, de un ejército del pueblo.

23. Exigimos sea perseguida de modo implacable por la ley la mentira política intencionada. Y para posibilitar una Prensa alemana pedimos:

a) Que todos los redactores y colaboradores de los periódicos que aparezcan en lengua alemana sean ciudadanos alemanes.

b) Los periódicos no alemanes han de estar por completo de acuerdo con el Estado. Y no podrán imprimirse en alemán.

c) Prohibición de que los no alemanes influyan económicamente o idealmente en los periódicos. La infracción debe castigarse con la suspensión del periódico y la expulsión inmediata del interesado.

Debe prohibirse toda publicación que perjudique el bienestar público. Lucha contra las tendencias artísticas o literarias que produzcan efectos desintegrales en la vida de nuestro pueblo.

24. Queremos libertad para toda clase de creencias religiosas dentro del Estado, siempre que no supongan un peligro o estén en oposición a las costumbres y moral de la raza germana.

El partido en sí es positivamente cristiano, sin puntualizar una creencia determinada. Luchará contra el espíritu materialista judío, convencido de que la salvación de nuestro

pueblo llegará a base del siguiente principio: el bien comunal antes que el bien individual.

25. Para la realización de todo esto, queremos la formación de un Poder central del Estado. Autoridad del Parlamento político central sobre el resto del Estado y su organización. Formación de Cámaras corporativas y profesionales para su actuación dentro del margen que permita el Estado.

Los directores del partido prometen poner en juego todos los medios que sean precisos, incluso sus propias vidas, para llegar a la realización de los Puntos anteriormente expuestos.

München, 24 Febrero 1920.»

BIBLIOGRAFÍA

Antich, X. (1994). Nuestra desventurada condición de supervivientes. En M. Cruz y F. Birulés (Comp). *En torno a Hanna Arendt* (pp 67-93). Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

Arendt, H. (2013). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: deBolsillo.

Arendt, H.(1993). *La Condición Humana*. Barcelona: Paidós.

Arendt, H. (2013). *Los Orígenes del Totalitarismo*. Madrid: Alianza Editorial.

Aron, R. (1968). *Democracia y Totalitarismo*. Barcelona: Seix Barral.

Barret- Kriegel, B. (1991). Lo antiguo y lo moderno en los orígenes intelectuales de los sistemas totalitarios. En G. Hermet (Comp). *Totalitarismos* (pp 87-102). México DF: Fondo de Cultura Económica.

Bayart, J.F. (1991). La hipótesis totalitaria en el Tercer Mundo: el caso del África Negra. En G. Hermet (Comp). *Totalitarismos* (pp 228-244). México DF: Fondo de Cultura Económica.

Berlin, I. (1998). *El sentido de la realidad. Sobre las ideas y su historia*. Madrid: Taurus.

Berlin, I. (1999). *The roots of Romanticism*. Princeton: Princeton University Press.

Birulés, F. (2007). Revolución y violencia en Hannah Arendt.77-95 En D. García (comp). *Hannah Arendt, el sentido de la política* (pp 77-95). México DF: Porrúa.

Bobbio, N. (1986). *El futuro de la Democracia*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

Bobbio, N. (1990). *Fundamento y futuro de la Democracia*. Valparaíso: Edeval.

Bonnard, R. (1950). *El Derecho y el Estado en la Doctrina Nacional- Socialista*, Barcelona: Bosch.

Bullock, A. (1994). *Hitler y Stalin. Vidas Paralelas*. Barcelona: Plaza y Janés.

Canovan, M. (1992). *Hannah Arendt, a Reinterpretation of her Political Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.

Cortés Rodas, F. (1999). De la revolución social a la revolución política. Consideraciones sobre el pensamiento político de Hannah Arendt. *Res Pública* (3), pp 65- 81.

Domenach, J.L. (1991). La China Popular o los azares del Totalitarismo. En G. Hermet (Comp). *Totalitarismos* (pp 202-227). México DF: Fondo de Cultura Económica.

Dumont, L. (1994). *German Ideology*. Chicago: Chicago University Press.

Dumont, L. (1987). *Ensayos sobre el individualismo*. Madrid: Alianza Editorial.

Esquirol, J.M. (1998). *La frivolidad política del final de la historia*. Madrid : Caparrós editores.

Forti, S. (1996). *Vida del espíritu y tiempo de polis. Hannah Arendt entre la filosofía y política*, Madrid: Cátedra.

Fredrickson, G. (2002). *Racism. A short History*. Princeton: Princeton University Press.

- Fromm, E. (2004). *Anatomía de la destructividad humana*, México DF: Siglo XXI.
- Fromm, E. (2012). *El corazón del hombre*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Fromm, E., Horkheimer, M., Parsons, T., y otros (1970). *La familia*. Barcelona :Península, 1970.
- Glover, J. (2001). *Humanidad e Inhumanidad. Una historia moral del s. XX*. Madrid: Cátedra.
- Hitler, A. (1962). *Mein Kampf*. Barcelona: Editorial Mateu.
- Jaspers, K. (2011). *El problema de la culpa*. Barcelona: Paidós.
- Kateb, G. (1984). Hannah Arendt. Politics, Conscience, Evil. New Jersey: Rowman& Allanheld.
- Koonz, C. (2005). *La conciencia nazi*, Barcelona: Paidós.
- Leca, J. (1991). La hipótesis totalitaria en el Tercer Mundo: los países Árabe- Islámicos. En G. Hermet (Comp). *Totalitarismos* (pp 245-270). México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Lefort, C. (2004). *La incertidumbre democrática*. Barcelona: Anthropos.
- Lukács, G. (1959). *El Asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Mate, R. (2008). *La filosofía después del Holocausto*. Barcelona: Riopiedras Ediciones.
- McCarthy, T. (2009). *Race, Empire and the idea of human development*. Cambridge :Cambridge University Press.

Milgram, S. (1980). *Obediencia a la autoridad*. Bilbao: Desclee de Brouwer.

Mosse, G. L. (1973). *La cultura nazi. La vida intelectual, cultural y social en el Tercer Reich*. Barcelona: Grijalbo.

Prior Olmos, A. (2009). *Voluntad y Responsabilidad en Hannah Arendt*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Safranski, R. (2012). *Romanticismo. Una Odisea del Espíritu alemán*. Barcelona: Tusquets Editores.

Strauss, L. (2005). *Sobre la Tiranía*. Madrid: Ediciones Encuentro.

Talmon, J. (1956). *Los orígenes de la democracia totalitaria*. México D.F: Aguilar.

Todorov, T. (2002). *Memoria del bien, tentación del mal. Indagación sobre el siglo XX*. Barcelona: Península.

Totalitarismo. (1998). *Diccionario de Política* (pp 1586-1591, 10ª edición, tomo 2). Madrid: Siglo XXI Editores.